Alvaro Cepeda Samudio

LA CASA GRANDE

PLAZA & JANES,
Editores-Colombia Ltda.

1a. Edición en S. C. C., Febrero, 1985

Diseño colección y portada: Germán Leal C.

© 1974-85 Teresa M. Vda. de Cepeda
© 1974-85 PLAZA & JANES
Editores Colombia Ltda.
Calle 23 No. 7-84 Bogotá, Colombia

ISBN: 958-14-0059-1

Preparación litográfica: Servigraphic Ltda., Bogotá
Impreso por Editorial Presencia Ltda.
Calle 23 No. 24 — 20 , Bogotá D.E.
Printed in Colombia.

Para Alejandro Obregón

CONTENIDO

Los soldados 11
La hermana 37
El padre 63
El pueblo 81
El decreto 85
Jueves 89
Viernes 97
Sábado 107
El hermano 111
Los hijos 127

LOS SOLDADOS

—¿Estás despierto?

—Sí.

—Yo tampoco he podido dormir: la lluvia me empapó la manta.

—¿Por qué llueve tanto si no es época. ¿Por qué crees tú que llueva tanto?

—No sé. No es época.

—¿Quieres un tabaco?

—Bueno.

—Qué vaina: se me mojaron todos.

—No importa.

—¿Cómo vamos a fumarlos así?

—No importa.

—A ti nunca te importa nada. Apuesto a que tampoco te importa que la lluvia no nos haya dejado dormir.

—La lluvia no me molesta.

—¿Entonces por qué no has dormido?

—He estado pensando.

—¿En qué?

Biblioteca Sapiens Historicus

—En mañana.

—¿Tienes miedo? El teniente dijo que tienen armas, pero yo no creo.

—He estado pensando por qué nos mandaron.

—No oíste lo que dijo el teniente: no quieren trabajar, se fueron de las fincas y están saqueando los pueblos.

—Es una huelga.

—Sí, pero no tienen derecho. También quieren que les aumenten los jornales.

—Están en huelga.

—Claro: y por eso nos mandaron: para acabar con la huelga.

—Eso es lo que no me gusta. Nosotros no estamos para eso.

—¿No estamos para qué?

—Para acabar con las huelgas.

—Nosotros estamos para todo. A mí me gusta haber venido. Yo no conozco La Zona. Y estar en comisión es mejor que estar en el cuartel: no te pasan revista, no te llaman a relación, no te pueden meter al calabozo.

—Sí pueden.

—¿Cómo pueden si estamos en comisión?

—No sé, pero sí pueden.

—De todas maneras es mejor que estar en el cuartel.

—Sí, pero no está bien.

—Qué importa que esté bien o no, la cosa es que estamos en comisión y no en el cuartel.

—Sí importa.

—Ahora sí importa: lo que pasa es que tienes miedo.

—Qué voy a tener miedo.

—¿Entonces por qué te preocupas?

—Porque si es una huelga tenemos que respetarla y no meternos.

—Ellos son los que tienen que respetar.

—¿A quién?

—A las autoridades, a nosotros.

—Nosotros no somos autoridades: nosotros somos soldados: autoridades son los policías.

—Está bien, pero los policías no sirven. Por eso nos mandan a nosotros.

—Lo que pasa es que los policías no han podido con ellos.

—Tú tienes miedo.

—¡Qué vaina! Que no tengo miedo, lo que pasa es que no me gusta eso de ir a acabar con una huelga. Quién sabe si los huelguistas son los que tienen razón.

—No tienen derecho.

—¿Derecho a qué?

—A la huelga.

—Tú qué sabes.

—El teniente dijo.

—El teniente no sabe nada.

—Eso sí es verdad.

—El repite lo que dice el comandante.

—Esta mañana, cuando estábamos amarrando los morrales, dijo: las bayetas y las esteras nada más. Y ya cuando veníamos para el barco nos hizo desbaratar los morrales, sacar las bayetas y las

esteras y nos mandó al almacén por las mantas gruesas. Ya no van en cubierta sino en los planchones, dijo. No sabe nada.

—¿Quién dijo que estabamos armados?

—El teniente, cuando nos formaron para instrucción. ¿No oíste?

—No.

—¿De dónde crees tú que han sacado las armas?

—No tienen armas: nada más los machetes.

—¿Cómo lo sabes?

—Son jornaleros.

—Y por eso no van a tener armas.

—Sí, por eso.

—Ayúdame a exprimir la manta porque cuando entremos a los caños viene el mosquito. Coge tú la otra punta. ¿Y tu manta? ¿No te tapaste con la manta?

—No.

—Te empapaste íntegro.

—No importa.

—¿Qué hiciste con la manta?

—Envolví el fusil para que no se me mojara.

* * *

Los habían hecho marchar del cuartel al puerto esa tarde. La distancia era corta, pero las botas eran nuevas y grandes y el cuero nuevo de las cartucheras y de los morrales no había sido ablandado todavía por el sudor.

En el puerto los hicieron esperar varias horas. Eran muchos y hubo que amarrar los botes antes de embarcarlos. El embarque fue lento. Hubo que hacerlo por la popa y los clavos de las botas resbalaban continuamente sobre las planchas lisas, Mientas esperaban les habían ordenado ponerse los fusiles en bandolera, pero los travesaños bajos tropezaban con los cañones y como con las cantimploras y los morrales puestos no podían atravesar los pasadizos a los lados de la caldera, tuvieron que quitárselos y recorrer el buque hasta los botes con el equipo en las manos. El embarque fue confuso y lento. Cuando les tocó el turno a los últimos, ya llevaban varias horas de estar esperando. Se acomodaron sobre las estibas de los botes, con los fusiles entre las rodillas.

Algunos tuvieron miedo durante la travesía del río: había viento fuerte, de diciembre, y los botes se movían pesados, en desacuerdo con los buques, templando y distendiendo los cables que molían limpiamente las astillas de leña contra las bordas. Los que iban en la proa de los buques se mojaron.

Antes de entrar al caño pudieron ver al otro lado, completa, iluminada, la ciudad. No la habían visto nunca.

Cada uno creyó reconocer las luces de los sitios familiares. El primer asombro los agrupó: los amigos se buscaron por sobre las otras cabezas que se estiraban buscando sus amigos. Cada uno dijo: allá está el cuartel: y señalaron con los brazos en todas direcciones.

Entraron al caño como a un túnel. Los botes demasiado anchos, y los buques con los planchones demasiado largos, tropezaban contra las orillas forradas de mangle tirándolos unos sobre otros, teniendo que esquivar constantemente los fusiles verticales para no golpearse.

Todo lo que era nuevo: el chorro incendiado e increíble de las chimeneas, los movimientos torpes de los barcos perfectamente obedientes a los sonidos volubles de la campaña, las laderas que se abrían de pronto para dejar descubierto un rancho, un fuego pequeño y el ladrido de un perro: todo lo que era nuevo se hizo igual, repetido, conocido. Entonces el sueño comenzó a doblarlos sobre los fusiles, contra los listones de las estibas, contra los hombros y las espaldas y las caderas de todos.

De pronto, inesperadamente, principió a llover.

* * *

—Tengo hambre. ¿Ya llegamos?

—Sí.

—¿Hace mucho?

—No. Hace poco.

—Yo me dormí apenas entramos a los caños, no he sentido nada.

—¿Tú dormiste?

—No.

—¿Mucho mosquito en los caños?

—No.

—Es mentira que había olas de mosquitos en los caños. Yo sabía que era mentira.

—No era mentira.

—¿Siguió lloviendo toda la noche?

—Sí.

—¿Por qué estamos aquí parados?

—Están soltando el bote.

—¿Dónde vamos a tomar el café? Yo tengo hambre.

—No sé, tal vez en la estación.

—¿Por qué en la estación? Acaso aquí no hay cuartel. Además tenemos que poner a secar las mantas si es que sale el sol hoy. Tienes que poner a secar tus kakis.

—No creo que nos den tiempo para secar nada.

—¿Los otros desembarcaron ya?

—No, somos los primeros.

—Levántate: ya comenzaron a bajar. Estoy entumido. Maldita lluvia.

—Todavía demora la bajada.

—Pero los de la punta están bajando. Deberíamos esperar a que aclare: no se ve nada.

—Tienen prisa.

—¿Para qué? Ah, para acabar con la huelga.

—A lo mejor no podemos acabar con la huelga.

—Claro que acabamos.

—A lo mejor no.

—Entonces tú también crees que están armados.

—No, no tienen armas.

—La vaina va a ser fácil.

—Quién sabe.

—Levántate que ahora nos toca bajar a nosotros.

—También tienes prisa.

—No, a mí no me importa un carajo la huelga: es que estoy entumido y tengo hambre.

—Camina pues.

—No, espera: voy a mearme aquí para acabar de mojar todo esto.

* * *

Cuando los botes tropezaron contra la ladera enchumbada y se quedaron quietos, los que estaban dormidos comenzaron a despertarse. No había amanecido todavía. Despertaron lentamente: primero los brazos y las piernas y los cuerpos recordaron la vecindad de otros brazos, otras piernas y otros cuerpos: luego las manos soltaron y apretaron nuevamente los fusiles para conocer su forma y su peso: por último los ojos comenzaron a distinguir puntos de referencia en la oscuridad.

Los reflectores de los barcos transitaron minuciosamente la cubierta de los botes. Casi como una afrenta. La luz les golpeó los ojos con un manotazo plano y ardiente. Algunos se protegieron la cara con el brazo libre, otros apenas se volvieron y la luz se deslizó sobre sus gorras y sus nucas mojadas. Ya todos estaban despiertos.

El desembarco fue menos lento y menos confuso. Tenían ganas de moverse y de llegar. No les importó que tuvieran que tirarse al agua espesa que separaba la proa de los botes de la orilla. Tenían ganas de moverse. Se tiraban al agua y el fondo

cedió bajo el doble peso de los cuerpos y el equipo. Las piernas se hundían en el barro en un chapoteo hediondo. Pero desembarcaron con rapidez, casi con prisa atravesaron el trecho que les separaba de la orilla y subieron al barranco apoyándose en las culatas de los fusiles.

* * *

—Lo único que tenía seco eran las botas: ahora sí quedé todo mojado. Me las voy a quitar.

—Todavía tenemos que caminar hasta la estación.

—Solamente para vaciarlas: las tengo llenas de agua.

—La estación queda lejos.

—¿Muy lejos?

—Como una legua.

—¿Y dónde carajos vamos a tomar el café?

—En la estación.

—Debíamos acampar aquí y tomar el café, después podemos ir donde quieran.

—Tenemos que estar en la estación cuando llegue el tren.

—¿El tren? ¿Cuál tren?

—El que nos va a llevar a La Zona.

—Sí, ya sé. Me lo explicaste anoche pero lo había olvidado: con esta hambre no puede uno estar pendiente de nada.

—¿A qué hora sale el tren?

—Hoy no creo que tenga hora. El personal está en huelga.

—¿También? ¿Y esos qué tienen que ver con los jornaleros?

—Nada.

—Están de sapos entonces.

—No. Ellos tampoco tienen garantías. Dejaron los trenes parados para ayudar a los huelguistas.

—¿Quién va a manejar el tren entonces?

—No sé. Mandarán un pelotón a buscarlos y los obligarán a trabajar.

—Bien hecho.

—¿Por qué bien hecho?

—Porque de otro modo cómo vamos a ir a los pueblos a acabar con la huelga.

—Sería mejor no poder ir a los pueblos. Sería mejor no tener que matar a nadie.

—Lo que es mejor es no estar en el cuartel, como ahora. Mira cómo se me pusieron de blandas las botas con el agua, casi no las siento. Lo malo es que cuando caliente el sol se vuelven a poner como un palo.

—Los maquinistas deberían esconderse.

—¿Qué?

—Nada.

—Toca esta bota: ves cómo está de blanda. Moja las tuyas para que se ablanden también.

—Están mojadas.

—Quítatelas y lávalas como hice yo: las hundes en el agua y las sacas, las hundes y las sacas, las hundes y las sacas: se ablandan y quedan limpias. Hazlo y verás.

—Ya no hay tiempo: ahí viene el sargento dando la orden de formar.

—¿Para qué vamos a formar?

—Para numerarnos.

—Qué, tienen miedo de que algún recluta se haya caído al agua. No han debido mandar reclutas.

—No: de que se haya caído el agua no: de que se haya volado.

—¿Volado? Para qué va a volarse uno estando afuera del cuartel: no tiene gracia: uno se vuela cuando está adentro.

—De que alguno haya desertado, digo yo.

—Desertor, que haya desertor quieres decir.

—Sí, como quieras.

—Pero no hay desertor cuando uno está en comisión. Desertor es cuando hay guerra y ahora no estamos en guerra: estamos en comisión.

—Está bien: que haya huido entonces, que se haya huido: porque no quiera tomar parte en esto.

—Cientoochenticuatro.

—Cientochenticinco.

* * *

—¿Quieres más café?

—No tengo hambre.

—Después de hacernos esperar tanto no nos dan sino café. Yo sigo con hambre.

—Tómate el mío.

—En serio, no lo quieres.

—No. Dame un tabaco.

—Todavía no están secos.

—No importa, dámelo así.

—¿Qué gusto le encuentras masticándolo?

—Me distraigo.

—A las tripas mías no las distrae nada: me suenan del hambre. ¿Masticando tabaco se te quita el hambre?

—Sí.

—Voy a masticar un poco para ver. ¿Dónde aprendiste eso?

—Hace tiempo, en el pueblo.

—¿También para quitarte el hambre?

—Sí. Nunca había suficiente comida.

—La misma vaina que en el cuartel.

—Aquí no hay suficiente comida porque los sargentos se roban la plata. En mi casa era porque no había plata.

—Se roban la plata y la comida: yo he comprado comida al proveedor y dicen que la mujer del sargento tiene una tienda para vender lo que se saca del almacén.

—El que contrató este café debió robarse bastante: ni siquiera dieron bollo.

—Les voy a preguntar a las mujeres que trajeron las bilas.

—¿Para qué? Si el sargento se da cuenta que andas averiguando te mete en el calabozo.

—Aquí no me pueden meter al calabozo, no estamos en el cuartel.

—Te pone un castigo entonces.

—Deben decírselo al comandante.

—El comandante también roba.

—No creo.

—Es el que más roba.

—Bueno, todos roban. Pero el sargento es el peor porque nos roba a nosotros: se roba la plata de la comida de nosotros y nos hace pasar hambre. Si el comandante roba, le robará al gobierno y eso no importa.

—Importa más porque le roba a la patria.

—La patria no es el gobierno: la patria es la bandera. Robarle al gobierno no es robar, eso lo sabe cualquiera. Vamos a caminar hasta donde están aquéllos. ¿Quieres?

—No, tengo que limpiar el fusil: se me llenó de barro cuando desembarcamos.

—El mío también se me hundió en el barro, pero no lo voy a limpiar ahora.

—Yo sí: no voy a andar con un fusil oxidado.

* * *

—Sabes: en este pueblo hay mujeres.

—¿Quién te lo dijo?

—Nadie. Yo las vi.

—¿Dónde?

—En esa casa de la esquina, frente a la que dice hotel. Fui a buscar a las que hicieron el café para ver si había algo más que comer: y la ventana está abierta: y vi a las mujeres.

—A lo mejor no son.

—Sí son: tienen trajes largos y las caras todas pintadas. Además la sala está adornada con papel crespón, como para un baile. Claro que son. Tú crees que tendremos tiempo de echar una pasada?

—No sé.

—Lo único es que no parecen francesas: parecen de aquí.

—Entonces no son.

* * *

—Ese tren no va a venir nunca.

—Es mejor que no venga.

—¿Por qué?

—Así no tendríamos que ir.

—Y si nos hacen marchar. Es mejor que venga.

—No nos harán marchar.

—¿Cómo sabes?

—Los pueblos quedan muy lejos.

—¿Tú has estado en los pueblos?

—No.

—¿A qué pueblo vamos?

—No sé. A todos será.

—¿Todos están en huelga?

—La Zona está en huelga.

—¿Y La Zona son todos los pueblos?

—Sí.

—¿Cuántos pueblos hay?

—No sé.

—¿Bastantes?

—Sí, bastantes. Tú si preguntas.

—¿No te gusta que te pregunte?

—Me da lo mismo.

—Mejor que haya bastantes pueblos, así nos demoraremos más acabando con la huelga y no tenemos que volver al cuartel. Me aburro aquí esperando; por qué no vendrá ese tren.

—No habrán encontrado a los maquinistas. Tal vez no los han podido obligar a venir.

—Nosotros los hubiéramos traído a culatazos. Seguro mandaron a unos pendejos. Nosotros los hubiéramos traído hace rato.

—Crees tú.

—Yo sí creo: a culatazos los hubiera traído yo. No creo que esos estén armados.

—No tienen derecho a pegarles. No pueden obligarlos a venir si ellos no quieren.

—Claro que tenemos derecho: para eso estamos aquí.

—Están en huelga.

—Ya sé, pero eso no importa.

—Sí importa.

—Está bien. Qué vaina ese tren que no viene.

* * *

—¿Tú crees que nos den tiempo para echar una pasada para ver las mujeres?

—No sé, creo que no.

—Pero si el tren no viene. Tienen que llevarnos a alguna parte, no vamos a pasarnos todo el día aquí en la estación.

—Si el tren no viene hoy nos hacen pasar la noche en el cuartel.

—¿En este pueblo hay cuartel?

—Sí.

—Pero no hay soldados.

—Muy pocos.

—¿Dónde está el cuartel?

—En la plaza, frente a la iglesia.

—¿Tú conoces este pueblo?

—No.

—¿Cómo sabes entonces?

—Los cuarteles y las iglesias siempre están juntos, siempre están en las plazas.

—Si pasamos la noche aquí yo me vuelo: tengo ganas de echar una pasada por donde las mujeres.

* * *

—Yo no he montado nunca en tren. ¿Y tú?

—Yo sí.

—¿Muchas veces?

—Sí.

—¿Te gusta montar en tren?

—Me gusta más verlo pasar.

—Yo sí los he visto pasar pero no he montado nunca.

—Vivimos un tiempo cerca a una parada.

—¿Cómo ésta?

—No, ésta es una estación. Allá no paraba siempre, sino cuando había pasajeros. Ibamos todos los

días a vender higos. Cuando no paraba nos comíamos los higos por la noche.

—Entonces era mejor que no parara.

—No, porque cuando paraba podíamos vender algunos higos, sabíamos que tomaríamos café dos o tres mañanas.

—A mí me gustan más los higos que el café. ¿A ti no?

—No sé: hace tanto tiempo que no como higos y había tantas mañanas cuando no teníamos café que he olvidado la diferencia.

—¿Cómo eran los higos?

—Grandes y morados y estaban llenos de bolitas por dentro.

—¿Cómo eran los trenes?

—Largos y alegres, y cuando no paraban la gente saludaba desde los vagones: eso era lo mejor.

—El único tren que yo he visto es el de Puerto Colombia, pero es chiquito y no lo he visto andando. Cuando está parado la gente no saluda, ¿verdad?

—No, no saluda: mira nada más.

* * *

—Este pueblo es feo.

—Todos los pueblos son iguales.

—Pero éste es más feo. Yo no había visto nunca paredes cubiertas de sal. Aquí no necesitan comprar sal, con raspar las paredes tienen.

—Esa sal no se come.

—¿Por qué?

—No sé, pero no se come.

—En este cuartel no los hacen trabajar: todo está oxidado y lleno de sal.

—Sí, es verdad.

—Viste que nadie se asomó cuando pasamos. Ni siquiera los pelaos.

—Es que ya saben para qué estamos aquí: ya nos tienen rabia.

—Por qué nos van a tener rabia: no es culpa de uno.

—Quién sabe.

—Es culpa de los huelguistas.

—De los huelguistas no: de la Compañía.

—Bueno, pero de nosotros no es.

—Quién sabe.

—¿Viste la casa de al lado? Es grande, da hasta la otra calle: por ahí nos podemos volar esta noche. Y está toda cerrada; ¿tú crees que hay gente?

—Sí hay.

—No importa: el patio da con el patio del cuartel y la paredilla es bajita; por ahí nos podemos volar.

—Yo no, no tengo ganas.

—Yo sí, yo me vuelo esta noche.

* * *

De la estación al cuartel caminaron. Con los fusiles en bandolera y los morrales sobre el hombro derecho, caminaron sobre calles cubiertas de barro salitroso y caliente y de charcos llenos de agua

salitrosa y fresca. Algunos se quitaron las botas ya secas y se quedaban en el centro de los charcos chapoteando el agua espesa. Caminaron lentamente, sin prisa, mirando, sin entender bien las puertas y ventanas cerradas a lado y lado de las calles.

Habían pasado todo el día en la estación: los primeros sentados en los bancos largos de madera, los otros tirados en el suelo, recostados a las columnas de hierro gris, en cuclillas a lo largo de la plataforma. Algunos habían dormido, otros habían mirado mucho tiempo los rieles vacíos que iban juntándose a medida que se alejaban y se perdían en un punto impreciso en la base de la montaña. Todos se fastidiaron. Se cansaron de mirar el pueblo cerrado, muerto, que comenzaba frente a la estación. Después de unas horas ya no les importó: se agruparon alrededor de lo que conocían: de sus fusiles y morrales y de sus amigos: y ya no esperaron nada.

La distancia entre la estación y el cuartel era corta y la caminaron en silencio, por calles y por casas en silencio.

El cuartel era sucio y casi deshabitado. Entraron caminando hasta el patio central rodeado de arcos y de puertas, embaldosado de ladrillos rojos y frescos. Comenzaron a formar: dejaron caer los morrales a un lado y descansaron los fusiles al otro, se movieron hacia adelante, hacia atrás, con pasos cortos y seguidos, alineándose: luego, quietos, a discreción, se numeraron. Cuando dieron la orden de romper filas, ya sabían a qué puertas

dirigirse y sobre qué camastros tirar los cascos y tender las mantas. Ya eran ellos mismos otra vez: ya habían recuperado su rutina.

* * *

—¿No vas a dormir?

—No tengo sueño.

—Entonces me acompañas.

—No.

—¿Tienes plata?

—Sí, dos pesos.

—¿Me prestas uno?

—Bueno.

—¿Estás seguro de que no quieres? Vamos a volarnos: ya tocaron silencio.

—No tengo ganas.

—Deja que las veas, te digo que no parecen francesas.

—A lo mejor no son.

—Sí, son, yo las vi. Vamos, tal vez éstas dejan que uno se quite el pantalón.

—No quiero, no quiero, no quiero.

—Está bien, no te pongas rabioso.

—No tengo rabia, es que no quiero ir.

—Yo vuelvo enseguida. ¿Está bien?

—Sí.

—¿Te vas a pasar toda la noche despierto otra vez?

—No. Ahora voy a dormir.

—Me cuidas las cosas, ¿quieres?

—Sí. Ten cuidado, puede que estén patrullando.

—No te preocupes, a mí no me cogen. Me gustaría que fuéramos juntos.

—No tengo ganas. Si vas a volarte, vete ya.

—Yo vuelvo enseguida.

—Está bien.

El tren era largo, desordenado y en vez de alegre como todos los trenes, era lento, torpe, los carros abiertos a la lluvia se golpeaban unos a otros innecesariamente. La locomotora se detuvo frente a la estación: la locomotora, no los últimos vagones. Los que venían en la cabina y sobre el techo del segundo carro no se bajaron. Se quedaron sentados, con los fusiles entre las piernas, mirando a los maquinistas.

Cuando dieron la orden de formar los que venían repartidos a lo largo del tren corrieron con ensayada precipitud y se amontonaron frente a la locomotora. El grupo fue tomando la forma de una línea recta, alargándose, encogiéndose, hasta quedar compacta y uniforme. Cuando terminó el ruido de botas, de fusiles y de morrales comenzaron a numerarse: eran muy pocos. El primero giró hacia la derecha, levantó el fusil y comenzó a caminar: atravesó la estación y se metió en el pueblo. Los demás lo siguieron con el mismo movimiento. Los dos últimos giraron hacia la izquierda, descansaron el fusil horizontal sobre las cartucheras e iniciaron el repetido patrullaje de la plataforma.

Entonces se oyó el pitazo: corto, agudo, frío: como un cuchillo: como una señal.

La columna se detuvo amontonándose por un momento. Algunos volvieron la cabeza, mecánicamente, sin curiosidad, sin asombro, mecánicamente. Luego, sin haber entendido, siguieron caminando.

* * *

El corneta de la guardia atravesó corriendo el patio, todavía oscuro, y se subió a la tarima. El sonido limpio, preciso, conocido, llenó todo el cuartel.

En los largos salones en silencio el hierro oxidado de las camas comenzó a crujir, y por un momento el ruido de los cuerpos, de las botas, de las cantimploras, de los fusiles, y sobre todo el ruido indeciso del apremio, cubrió el sonido de la corneta.

Formaron de cuatro en fondo, de espaldas a la tarima donde la corneta seguía sonando, urgiendo. La corneta se calló y el gran espacio donde habían estado todos los ruidos se llenó lentamente con la claridad que empezaba a caer sobre el patio.

No se numeraron.

Con pasos precisos, acompasados a la voz que los marcaba, en formación, con los fusiles al hombro y los morrales fijos sobre las espaldas, salieron del cuartel. Marcharon sobre las mismas calles, con la vista fija sobre la nuca del que marchaba enfrente, sin mirar a los lados los huecos de las puertas y de las ventanas abiertas. Con pasos

seguros marcharon sobre los charcos y el barro salitroso. El agua de los charcos brincaba ahora bajo el peso de los cuerpos: el doble peso del metal y del cuero. El barro emergía brillante a cada golpe de las botas. Marcharon todos en fila de cuatro en fondo y una sola de tres, hasta la estación.

* * *

Todavía no eran la muerte: pero llevaban ya la muerte en las yemas de los dedos: marchaban con la muerte pegada a las piernas: la muerte les golpeaba una nalga a cada trance: les pesaba la muerte sobre la clavícula izquierda; una muerte de metal y madera que habían limpiado con dedicación.

* * *

Los que se habían quedado en la estación se reunieron al otro lado de la calle, frente al hotel. Tuvieron miedo al principio: eran siete, pero los hombres no tenían ademanes hostiles y entonces solamente quedó la curiosidad. Estaban allí, al otro lado de la calle, todavía con los fusiles horizontales sobre las cartucheras, mirando simplemente, sin entender mucho lo que sucedía, sin tratar siquiera de entender, solamente mirando cómo los hombres fueron llegando en grupos, saliendo de todas las calles y de todas las casas que parecían desiertas y vacías. Y cuando los grupos se

juntaron en la estación, y ya eran una muchedumbre, se subieron a los vagones, a la locomotora. Y cuando ya no había sitio en los vagones se subieron a los techos de los vagones y al techo de la locomotora. Ocuparon el tren, llenándolo con sus vestidos limpios, sus sombreros cortos de paja amarillosa y sus machetes quietos dentro de las vainas manoseadas. Cubrieron el tren, apretujándose en los carros abiertos y sobre los techos de los vagones cerrados, colgándose de las escalerillas de los freneros y de los estribos de la locomotora. Y se quedaron sobre el tren, en silencio, con determinación y en paz.

* * *

—Te busqué por todas partes y no te encontraba. Tuve miedo, tuvo miedo cuando oí tantos disparos. Por qué los mataron: no tenían armas. Tú tenías razón: no tenían armas. Y ahora qué vamos a hacer. Yo tengo que volver, quiero verla de día, quiero ver cómo es de día. ¿Tú crees que volvemos al cuartel? No nos van a dejar aquí con todos estos muertos. Sabes, no fui donde las mujeres. No tuve necesidad de ir donde las mujeres. En la casa de al lado, te acuerdas, la que estaba cerrada, hay gente. Ella debe vivir ahí porque estaba en el patio, sola en el patio. No le he visto bien la cara. Tampoco habló. Después, un rato después, se puso a llorar, no gritando, sino despacio: casi no se oía que estaba llorando. Yo no entiendo, no entiendo nada. Tienes que volver conmigo, tienes que explicarme. No

me tocó, ni siquiera se agarró de mí, ni siquiera alzó los brazos. Con los ojos abiertos se dejó. No la obligué. No me vas a creer, pero no la obligué. Ella se dejó. No la he visto bien pero es casi de mi alto y olía a cananga. Al principio olía a cananga; después olía a sangre. Mírame los dedos, es como si me hubiera cortado. Por eso me demoré, porque enseguida se fue, se metió en la casa, y yo me quedé en el patio mirando el corredor oscuro. Me quedé toda la noche mirando el corredor, sin saber qué hacer. Ahora sé que el miedo lo tuve desde antes de oír los disparos.

—Estaban sentados sobre el techo del vagón. Yo me acerqué. Uno bajó los brazos. No sé si iba a saltar. Cuando alcé el fusil, el cañón casi le tocaba la barriga. No sé si iba a saltar pero yo lo vi bajar los brazos. Con el cañón casi tocándole la barriga disparé. Quedó colgando en el aire como una cometa. Enganchado en la punta de mi fusil. Se cayó de pronto. Oí el disparo. Se desenganchó de la punta del fusil y me cayó sobre la cara, sobre los hombros, sobre mis botas. Y entonces comenzó el olor. Olía a mierda. Y el olor me ha cubierto como una manta gruesa y pegajosa. He olido el cañón de mi fusil, me he olido las mangas y el pecho de la camisa, me he olido los pantalones y las botas: y no es sangre: no estoy cubierto de sangre sino de mierda.

—No es culpa tuya, tenías que hacerlo.

—No, no tenía que hacerlo.

—Dieron la orden de disparar.

—Sí.

—Dieron la orden de disparar y tuviste que hacerlo.

—No tenía que matarlo, no tenía que matar a un hombre que no conocía.

—Dieron la orden, todos dispararon, tú también tenías que disparar: no te preocupes tanto.

—Pude alzar el fusil, nada más alzar el fusil pero no disparar.

—Sí, es verdad.

—Pero no lo hice.

—Es por la costumbre: dieron la orden y disparaste. Tú no tienes la culpa.

—¿Quién tiene la culpa entonces?

—No sé: es la costumbre de obedecer.

—Alguien tiene que tener la culpa.

—Alguien no: todos: la culpa es de todos.

—Maldita sea, maldita sea.

—No te preocupes tanto. ¿Tú crees que se acuerde de mí?

—En este pueblo se acordarán de nosotros: en este pueblo se acordarán siempre, somos nosotros los que olvidaremos.

—Sí, es verdad: se acordarán.

La hermana

«¿Qué vas a hacer ahora? No te has movido. Parece que ni siquiera los hubieras mirado. Pero es cierto: con qué ojos ibas a mirarlos. Se acercaron a ti y te lo han dicho. Te han dicho lo que todos sabíamos, lo que todos esperábamos porque sabíamos que tenía que suceder con ella también. Lo que el hermano debió saber primero que nadie; ahora también porque es el que está más cerca de ellos.

Qué vas a hacer ahora. No, ya sabemos que no vas a decir nada. Nunca has hablado cuando todos esperábamos que lo hicieras, cuando creíamos que era necesario hablar, dar una explicación o pedirla. Pero es que ellos en realidad tampoco han dicho nada: no se han dirigido a nadie en particular. La mayor, la que más te odia porque es la que más recuerda, lo ha mencionado apenas. Si esperabas que hubiera pena en su voz, o siquiera arrepentimiento, te ha defraudado otra vez. Lo ha dicho con orgullo, casi con satisfacción. Como si hubiera esperado todo este tiempo para estar segura y

Biblioteca Sapiens Historicus

ahora que lo está, gozará con echártelo a la cara, con desbaratar tus planes por segunda vez sin saberlo».

Lo ha dicho en la misma forma como lo dijo sù madre hace dieciocho años, cuando el Padre le rompió la cara con la hebilla de la espuela que se había quitado en ese momento. El Padre había cabalgado toda la mañana y cuando lo vimos llegar y aún sin bajarse del caballo le oímos decirte: Ve y busca a tu hermana, tú no preguntaste cuál de nosotras porque tú también sabías ya de qué se trataba. Lo supiste en ese instante. Atravesaste el corredor sin mirarnos y entraste en la frescura quieta del cuarto de bordar, donde debía estar la Madre, porque enseguida apareció y caminando lentamente se dirigió al armario, sacó una botella de leche agria y la puso en la mesita frente al sillón del Padre. Sacó una botella y una servilleta bordada: cuidadosamente, con dedicación, como tratando de convencerse de que sus movimientos eran útiles: que la botella y la servilleta bordada tenían un oficio especificado: que la botella era para ser destapada. Pero de pronto cayó en la cuenta de lo inútil de todas sus precauciones porque el Padre se sentó en su sillón y apartó la mesita y comenzó a quitarse las espuelas. Pero antes de que el Padre apartara la mesita ya la Madre y había sido derrotada una vez más: pues aunque lo hubiera notado antes, un momento antes, cuando colocó la botella y luego la servilleta: si entonces hubiera notado que hacía falta el vaso, aún en ese momento hubiera

sido demasiado tarde porque el Padre ya se había tirado del caballo y se dirigía hacia el sillón.

De manera que la Madre se quedó de pies en la mitad del corredor, sin saber hacia dónde dirigirse ahora, esperando que lo que iba a comenzar terminara, sin saber exactamente qué iba a comenzar y mucho menos cómo habría de terminar, pero sabiendo que algo tenía que comenzar.

Cuando tú pasaste frente a la Madre, detrás de ti la Hermana, por primera vez firme, casi altiva, ella te miró y supo. Y ya sabiendo comprendió que no había nada que hacer, que cualquier cosa que se intentara, la más insignificante acción, sería inútil, no conduciría a nada y que sólo quedaba, como al principio cuando todavía no sabía y apenas la falta del vaso le parecía importante, esperar y luego comenzar nuevamente a pensar y luego, todavía sin comprender esto, ni siquiera la parte más sencilla: el vaso: dejar de pensar y agotada por el esfuerzo caer otra vez en su estado de ausencia: resignación que para ella no debía tener la grandeza de la resignación porque nunca esperó nada distinto. El padre no alzó la vista de la espuela que tenía en la mano, la espuela de la bota izquierda que era la única que se había alcanzado a quitar, cuando tú y la Hermana quedaron frente a él, tú un poco separada y ella frente a él. El Padre no habló. No preguntó siquiera. No había necesidad pues él ya sabía, y cuando te dijo ve y busca a tu hermana, vio que tú también lo sabías: no que lo hubieras oído, o que te lo hubieran dicho, o que te lo hubieran escrito con jugo feo y sucio de cepa de

banano en un pedazo de sábana, sino que lo sabías, que estabas segura y eso le bastaba a él. No levantó la cabeza hasta cuando con un movimiento pausado y seguro te apartó con un brazo y golpeó a la Hermana en la cara con la espuela. Es decir: con el arco y la hebilla y las correas de la espuela, porque él la sostuvo con la mano cerrada sobre la estrella que se le enterró entre los dedos y por eso cuando golpeó a la Hermana por segunda vez, había también sangre del Padre humedeciendo el barro seco y ya rojo que cubría las correas. No había necesidad de las palabras, pero fueron dichas de todas maneras: no por el Padre; por ella. Como si hubieran estado dentro de ella hacía mucho tiempo, aún anterior a este tiempo cuando no tenían compañía y estaban las palabras solas dentro de su cuerpo flaco y tenso. Las dijo una por una, calmadamente, creciendo la frase tremenda a medida que le iba agregando palabras. El Padre alzó el brazo y la sangre le inundó la muñeca: pero sangre de él. No le pegó otra vez. Siguió con la mano empuñada sobre la estrella de la espuela, pero no le pegó otra vez. Apartó aún más la mesita, donde el pico de la botella ya había comenzado a llenarse de moscas, atravesó el corredor y volvió a montar el caballo, todavía empuñando la espuela. Ni tú ni ella se movieron. Fue después, mucho después de que la Madre puso el pesado vaso sobre la servilleta, cuando ella se fue a su cuarto. Tú no hiciste nada para detenerla. Parecías desconcertada por las palabras de ella.

Alguien le avisó al Hermano, creo que fuiste tú. Esa noche el caballo del Hermano entró resoplando casi hasta el corredor. Y allí se quedó toda la noche, resoplando. La casa estaba quieta y oscura. Hacía un calor húmedo y salobre y creo que nadie dormía. Cada una en nuestros cuartos oyó los pasos duros del Hermano cuando se detuvieron frente a la cama de ella. Después su voz dura llenó calladamente todas las habitaciones de la casa: Maldito padre, maldito padre. Y entonces fue cuando oímos por primera vez el llanto de la Hermana.

Cuando el chapoteo de las mulas llenó el espacio junto a los corrales ya tú estabas levantada y debiste oír al Hermano hablar con los mozos y montar apresuradamente en su caballo: la silla y las riendas y los estribos y el caballo húmedos y chorreantes todavía de la lluvia de la madrugada. El Hermano los oyó entrar y los esperaba en el corredor. Uno de ellos dijo: Ya llegaron. Y el Hermano preguntó: ¿Cuántos? Y el mozo: Deben ser como doscientos, vinieron dos planchones llenos. Entonces el Hermano miró por primera vez el caballo y dijo: Vamos, tenemos que llegar antes que ellos.

Esa mañana, mientras desayunábamos, Carmen llegó con la noticia de que la estación estaba llena de soldados. La Hermana levantó la cara: tenía la sangre apretada y seca sobre la mejilla rota. La Madre la miró y se tapó la boca con las manos. Entonces tú dijiste: Ojalá los maten a todos. Y la Hermana: No los matarán a todos, no podrán matarlos a todos. Lo dijo simplemente, sin

levantar la voz, pero con seguridad, con perfecta seguridad.

Fuiste la primera en darte cuenta de que la Hermana no iba a ser ya la misma: a la Hermana le había nacido una voz de palabras secas y seguras. Sobre todo seguras. Si te asombró un poco esta nueva voz de la Hermana no lo demostraste. Pero es que en ti nunca hubo asombro: parecías esperarlo todo: saberlo todo de antemano. Como si todo respondiera a un plan ya hecho, trazado y previsto en sus más pequeños detalles. De manera que esto tampoco te ha sorprendido. Y si ahora tuvieras ojos con qué mirarla, la hubieras mirado en la misma forma como miraste a la Hermana la mañana que llegaron los soldados al pueblo: como relevada: agradecida: porque lo que habías esperado, lo que habías presentido sin tener una noción real, tomaba una forma definida y ya no tenías que esperar más. Ya sabías a qué atenerte. Podías luchar contra un enemigo concreto, un enemigo dado; que estaba frente a ti, con la cara rota, las manos abandonadas sobre la mesa y todo el cuerpo frágil y delgado desafiándote en un doble y quieto desafío.

Carmen siguió contando que la estación estaba llena de soldados: (llena de cachacos que habían llegado de Barranquilla en la madrugada y que iban para La Zona a defender los intereses de la Compañía y aunque estaban bien armados y muchos de los que habían sido cachacos decían que las balas eran balas dum-dum, de las que atraviesan un riel, los trabajadores que habían ido a verlos a la

estación decían que no pasaría nada porque los huelguistas estaban esperándolos en Sevilla para presentarle al General el pliego de peticiones, porque el Gobierno los había mandado para que la Compañía no siguiera abusando de los jornaleros, y la verdad era que los soldados se parecían mucho en el modo de hablar a la mayoría de los cortadores que la Compañía había traído para el primer corte en La Gabriela, después de que tendieron los ramales y los vagones cargaban al lado mismo de las matas, y decían que los cortadores hasta tenían conocidos entre los soldados porque también eran cachacos, pero había una cosa y era que habían quitado las mesas de fritos de la estación y habían cerrado las cantinas del otro lado de la línea, y decían que había orden de no volverlas a abrir hasta cuando se fueran los soldados, pero esta orden no sabían si la había dado el Alcalde o el General, porque el General no había llegado todavía aunque fue el primero que desembarcó, pero ya lo estaba esperando un motor y había salido inmediatamente para la Gerencia a hablar con los gringos, y como había línea libre decían que volvería al medio día, y los que fueron hasta el puerto dicen que todavía vienen más porque los que venían en el planchón del Iris los arrecostó la brisa en Cuatro Bocas y están esperando que calme, los marineros dicen que ésos no tendrán tiempo de ir a La Zona y que los dejarán aquí hasta que los otros terminen la misión, y dicen que la misión como que es echar bala, y las academias de este lado de la línea también las habían cerrado, pero no saben por qué,

y las académicas, con sus trajes largos, están todas en la estación hablando con los sargentos, dicen que son los sargentos porque son los que mandan a los soldados y no llevan morral, tampoco usan botas sino zapatos y como no están vestidos de blanco ni llevan sable tienen que ser sargentos, como ellas son de ciudad y bien corridas deben saberlo, seguro que esta noche vuelven a abrir las academias). Todas, menos tú, hemos fingido no oír a Carmen. Es cierto que no le preguntaste nada, que no la interrumpiste, pero te has tragado sus palabras una a una y sólo cuando comenzó a hablar de las mujeres y se oyó el pitazo agudo de un tren extemporáneo, un tren que no se podía nombrar porque no era conocido, dejaste la servilleta sobre la mesa y te levantaste sin pedir permiso. El sonido del pito desacostumbrado se nos metió en los oídos y nos cortó la procesión de imágenes que zumbaban alrededor de las apretujadas palabras de Carmen. La Madre se quedó con la pregunta colgándole de los ojos opacos: una pregunta que nadie, ni siquiera tú, hubieras podido responderle: porque por más que pensáramos y tratáramos de recordar los itinerarios más remotos, no habríamos encontrado una hora, un sitio para ese tren. Perdimos los puntos de referencia para medir el tiempo que debía transcurrir entre el acostarnos y el levantarnos. La rutina regular y perfecta de los días que no eran domingo quedó rota, desordenada, como si alguien hubiera manoteado metódicamente sobre un ordenado fichero de dominó. Sólo tú, y ahora la Hermana, sabían que ese tren era el

comienzo de un horario, no nuevo, extraño pero no nuevo.

La Hermana no necesitó que se lo dijeran: lo fue sabiendo, comprendiendo, mientras nosotras tratábamos de ordenar el desarreglado silencio de los trenes. Creo que lo supo la primera: mucho antes que el Padre: mucho antes que tú. Y por eso cuando el Padre lo dijo, por primera vez desconcertado: no asombrado: desconcertado naturalmente duro pero con una dureza por primera vez interrogante, la Hermana fue la única que no le miró. No era que el Hermano se lo hubiera dicho, porque él tampoco lo sabía. (No lo supo, ni lo intuyó siquiera, mientras esperaba la llegada de los mozos, quieto, el barro casi duro de las botas apretado sobre las sábanas: y las almohadas y la camisa de dormir y hasta sus dedos con un olor agudo de sangre endurecida: acostado con los ojos fijados a las vigas del techo, cuidadosamente tirado al lado del otro cuerpo abierto y dócil de la Hermana que se estremecía de pronto en un sollozo seco, evitado). Cuando oyó los caballos en el patio debió pensar que tampoco esta vez podía escoger: tenía que irse. Pero lo que sí no pensó, ni imaginó, ni podía saber en ese momento, fue que no volvería a la casa. No que tú, o que el Padre, le impidieran regresar. O que él mismo, por su propia voluntad, obedeciendo a lo que creía que era su deber: quedarse con los destrozados, metiendo su vida tercamente dentro de los que no tendrían ya valor, ni ganas, de tratar nuevamente; porque al Hermano podría ocurrírsele que era también su deber el restaurar en cada casa, en

cada cadáver, lo que había sido quitado, la vaga e innominada noción que los había puesto en movimiento, que había empujado a cada uno de los hombres y a cada uno de los cadáveres fuera de la tierra y de la casa que ni siquiera les pertenecía, para buscar la poca tierra o la poca casa o la poca muerte que habría de pertenecerles: y esto, el quedarse entre los que habían fracasado, porque él era el único que sabía que no los habían vencido: apenas doblado sobre los andenes calientes de las estaciones, doblado por el peso caliente de las balas, pero no vencido y hubiera decidido no regresar: obedeciendo no ya a esto, no ya a lo que podía ser o no su deber, sino a la simple memoria de la sangre quieta y voluntariamente provocada: que ni siquiera podría llamarse incesto: apenas la propia sangre libertada dentro de un cuerpo que podía ser su mismo cuerpo: que no necesitó mezclarse porque era su misma sangre retornando. Nada de esto podía ser razón para el conocimiento de la Hermana. Pero ahora, después de tus palabras y de las palabras del Padre, la Hermana comprendió exactamente porque lo sabía antes que todos: el Hermano no tendría a qué regresar porque ella no estaría en la casa.

Si pudiéramos entenderte mejor, si alguna vez nos hubieras dado la oportunidad de saber cómo eras, si siquiera nos hubieras dejado entrar alguna vez a tu cuarto, ahora te compadeceríamos. Bastaría con mirarte los grandes huesos vacíos que se te han abierto en la cara para tenerte lástima. Pero

nunca dejaste que nos sintiéramos tus hermanas: no nos dejaste pertenecer a ti.

Aun en el más lejano comienzo de la memoria estás aislada de nosotros. Fuimos creciendo separadas de ti: de tus gestos, de tus palabras, de tus más simples vestidos. Nos has mantenido fuera de todas tus experiencias, de las más cotidianas experiencias. Nos fuiste aislando de todo lo que pudiéramos compartir contigo. Lo tuyo era tuyo y de lo poco que podíamos descubrir para nosotros en nuestro angosto y llano espacio infantil, tomabas lo que querías sin dar nada en cambio. En los primeros años te seguíamos fascinadas y miedosas, con un miedo que tú fabricabas y alentabas para que no pudiéramos asomarnos siquiera al circo alucinante de pollitos atravesados por las varillas de metal de los paraguas rotos y de ratones sangrantes de rabos y orejas cortados que hacías dar vuelta dentro de una gran caja de galletas. De verte jugar con los objetos más extraños y comunes, le perdimos el gusto a las muñecas y a los juguetes adecuados. Y como ya deseábamos ser como tú, imitábamos todo lo que hacías hasta exasperarte. Entonces eras cruel: con una crueldad metódica y tremenda que nos hacía más dependientes de tu voluntad.

Si hubiéramos ido a un colegio tal vez habríamos tenido una niñez alegre. Pero cuando la Madre insinuó, no lo dijo, ni siquiera dejó saber que lo deseaba, que deberíamos ser enviadas a la escuela, el Padre bajó un poco el periódico para que le pudiéramos ver los ojos y dijo: Lo que tengan que

aprender lo aprenderán aquí. Y al día siguiente comenzó el diario y aburrido aprendizaje de las letras, los números y los lugares. Te sentabas solas en el centro de la mesa que pusieron en el cuarto de los libros y seguías, en silencio, todas las indicaciones que el profesor iba haciendo en el pedazo de hule negro que el Padre había hecho enmarcar en la pared. No sorprendió a nadie que tú fueras la más inteligente de todas. Fuiste la primera en aprender a leer. Después ya no volviste a poner atención a las lecciones, no te volviste a sentar a la mesa y el profesor dejó de hacerte preguntas. Te sentabas en la butaca del Padre, demasiado grande para ti, y tomabas cualquiera de los libros, también demasiado grandes para ti, del primer anaquel y sólo cuando terminábamos la clase de la mañana para ir a almorzar, lo ponías nuevamente en su sitio. Y un día, tal vez cuando habías terminado con todos los libros del primer anaquel y tal vez eras demasiado pequeña para alcanzar los del segundo, dejaste simplemente de ir a las clases. El profesor le preguntó a la Madre por qué no habías estado en la clase y la Madre no supo qué contestar. Ya habías comenzado a ser un misterio para ella, un misterio más impenetrable que el del Padre porque tú eras hija de ella, había parte de ella en tu cuerpo, o al menos al principio lo creyó así. Después ya no se preocupó más: aceptó que en algún momento de tu engendro, o de tu crianza o de tu amamantamiento, había comenzado un descase, una separación. Creo que debió pensar que eras extraña a ella, que sólo existía entre

las dos una relación de vivienda, de habitación, y la Madre se convirtió en una de nosotras; no en una persona aparte, de una función perfectamente definida como la del Padre, sino en una de nosotras. Una especie de entidad neutra cuya existencia era tolerada, hasta propiciada, pero cuya voz y cuyas acciones no tenían importancia alguna dentro de esa extraña jerarquía que, primero el Padre y luego tú, habían impuesto en la familia. El que pudieras arreglártelas sola, sin la ayuda de la Madre, durante todos los años de la angustia y de los continuos y desconcertantes descubrimientos, hacía que te observáramos atentamente para ver si tú, si tu cuerpo, también crujía con un dolor sosegado como los nuestros. Un día anduvimos buscándote toda la mañana hasta que te encontramos en el patio de los caballos, sentada en una silla vieja, la falda recogida sobre el vientre, mirando cómo se te empapaban las ingles de una sangre delgada e insistente. Al sentir que te mirábamos cerraste las piernas y nos gritaste sin rabia: Váyanse, váyanse.

Esa noche, la Hermana, que todavía era pequeña, se acercó a mi cama y me dijo: Es como tú.

Estás sentada en la silla del Padre, quieta, como si estuvieras muerta. Pero no estás derrotada. Esto lo saben ellos, lo supieron desde cuando comenzó la lucha: que no podrían derrotarte nunca: que sería implacable, constante, inacabable porque tú no los dejarías vencerte. Les enseñaste a hacerte frente, propiciaste su rebeldía porque comprendiste que ésta era la única forma de llegar a un

entendimiento. No a un acuerdo o a una justificación, sino a un entendimiento. Los trajiste a la casa para enfrentarlos a ti: no para que te perdonaran sino para tratar de probarles que habías tenido razón. Pero ellos definieron la lucha mucho antes de lo que esperábamos todos. Trazaron las reglas y anticiparon el final: es decir: que no habría final. Muchas veces nos hemos preguntado para qué continúas. Por qué no lo has abandonado todo si sabes que no se llegará a una solución, a un momento cuando tú y ellos digan: bueno, no hemos logrado ni siquiera el odio, hagamos una tregua: no para comenzar nuevamente, sino para dejar todo como está: inacabado. Los has criado en esta casa, entre nosotros y entre nuestra gente, imponiéndolos, comiendo de nuestra comida y respirando nuestro olor, para enseñarles primero que son parte nuestra, y luego los has esperado crecer pacientemente para probarles que la familia perdurará, que perduraremos, quiéranlo o no, en ellos.

Porque ésa es la única manera que tienes de hacer que el Padre y su apellido perduren. El Padre supo que podría contar contigo para reconstruir y perpetuar lo que había quedado roto, deshecho, acabado. Lo que no pudo resistir cuando sopló un viento fuerte y acre y podrido y extranjero —que no resistió porque no estaba construido sobre valores perfectamente establecidos sino sobre tradiciones débiles y cansadas— había que reconstruirlo. Reconstruirlo tercamente sobre los mismos carcomidos cimientos que habían cedido

ya una vez, porque o era muy tarde para cambiarlos o no se conocían ni querían buscarse otros.

Esto lo comprendiste perfectamente, como comprendías todo lo del Padre. Cuando el Padre regresaba a la casa con la punzante barba de polvo y un olor verde cubriéndole el cuerpo era la única que se acercaba a besarlo sin cerrar los ojos. Después del obligado beso que nos quedaba ardiendo toda la noche, te quedabas sobre sus piernas hasta dormirte. No había ninguna razón para que lo hicieras porque cuando el Padre traía regalos eran iguales para todas. No podíamos entender que te gustara.

Cuando ya tuvimos sentimientos definidos acerca de las personas de la casa, cuando ya supimos distinguir entre el miedo y el cariño, nosotros escogimos el miedo para el Padre y tú escogiste el cariño. Aunque ya todo estaba perfectamente definido, el Padre seguía creyendo que era su deber tratarnos a todas con una dureza igual. Pero tú eras la única que se atrevía a quebrar todas sus leyes, a pasar sobre sus prohibiciones, a disentir de sus inapelables decisiones. No supimos cuándo decidió el Padre aceptar este hecho, ni siquiera demostró que lo había aceptado. Era un acuerdo tácito entre los dos, al que habían llegado sin decir una palabra, sin establecer condiciones. Un día debieron mirarse y en ese momento debieron pensar: Soy igual a él, no podrá dominarme, entre los dos menejaremos esta casa, y cuando él ya no esté la manejaré yo sola; y él: Aquí está toda mi sangre, es como yo, ella tomará mi puesto, en ella

puedo confiar. Y nada más. No hubo necesidad de decir nada. Quedó definido, establecido. La Madre lo supo también sin que nadie se lo dijera. Lo supo de asombro en asombro. Y lo aceptó como tenía que aceptar todo: porque era un hecho. Un hecho en el cual ella no había tenido intervención alguna. Como no la tuvo, para principiar, en el hecho de escoger un esposo. Se le dijo simplemente: éste será tu novio: y luego: éste será tu marido. Sin explicarle nada más. Ni qué era un novio ni cómo se convertía en un marido. Y en la mañana, sin haber podido dormir, maltratada y temerosa de mirarse las piernas húmedas, todavía desconcertada y ya sin esperanza de llegar a entender.

El padre te dijo esa mañana: Ven conmigo. No tuvo necesidad de decirte dónde te iba a llevar: tú lo sabías. Eras la única en la casa que sabía lo que estaba pasando. Durante los cuatro días que duró el juicio no dijiste nada. Ni siquiera después. Nos enteramos porque el odio del pueblo se nos metió en la casa como un olor caliente y salobre. El domingo siguiente en la iglesia, la gente nos miraba como descubriéndonos otra vez. No sabíamos que tenían una nueva razón para odiarnos.

Nos fuimos enterando poco a poco, como siempre. Por un pedazo de conversación oída en la cocina a las sirvientas, una frase aislada de la costurera, por una protesta resignada de los mozos que traían los cántaros en la madrugada y que alcanzábamos a oír porque el calor y el cuerpo nos habían mantenido despiertas toda la noche Por el apagado sollozo de las mujeres que comenzaron a

preguntar por ti supimos del juicio. Parece que al principio nadie creyó en el pueblo que el Padre sería capaz de hacerlo. Pero cuando te vieron entrar con él supieron que sí lo haría.

Durante cuatro días, en la mañana y en la tarde, se enfrentó con todos y a cada uno lo acusó hasta que los declararon culpables. Debiste oír cosas terribles porque cuando ya supieron que estaban perdidos, que una acusación del Padre era suficiente, tuvieron valor para hablar contra él.

Nunca te preguntamos sobre el juicio. Tal vez porque sabíamos que era inútil preguntarte porque tú no dirías nada, no explicarías nada. No explicarías este nuevo odio que teníamos que soportar sin saber el motivo y sin haber participado en su desencadenamiento. No supimos lo que se dijo en el saloncito de la alcaldía: el saloncito sucio y caluroso donde firmamos después los papeles de venta de La Gabriela. No supimos lo que dijo el Padre ni lo que hacías tú allí. Pero al cuarto día ustedes habían vuelto más temprano, oímos decir al Padre: Esos eran los últimos, hemos acabado con ellos. Y luego tú: Y los que quedan, y los hijos de ellos, y los hijos de los hijos, no volverán a intentar una huelga, no se atreverán. Y eso fue todo. Lo del juicio terminó ahí. El hecho, la acción, las palabras, los hombres: todo terminó ahí. No tuvimos derecho a saber más. Sólo nos quedaba ahora esperar: esperar que el odio fuera acumulándose alrededor de nosotros, que fuera llenando todos los espacios del tiempo que faltaba para que estallara, esperar que hiciera crisis: que nos envol-

viera y nos secara el aire. A nosotras, no a ti. Porque no eras vulnerable al odio del pueblo. No eras vulnerable a lo que habías iniciado: iniciado porque el Padre no lo hubiera hecho solo. El pueblo lo conocía muy bien y por eso no esperaba que lo hiciera, que condenara a los cabecillas uno por uno con sus palabras. Pero no contaban contigo. El Padre necesitó de ti, de tu fortaleza, de tu desprecio, de tu deseo de perpetuar todo lo que significaba el apellido. Perpetuarlo en cualquier forma así fuera por medio del odio. Y cuando comenzó lo que debía ser el tiempo para el remordimiento fuiste tú y no el Padre quien le hizo frente. Las mujeres de los trabajadores entraban con sus trajes ya de viudas por la puerta de los caballos y preguntaban por ti. No por la Madre, sino por ti. Porque ya el pueblo sabía de tu presencia y de tu fuerza. Se dio cuenta de que la lucha era contigo, que la enemiga eras tú. Las dejabas hablar. Muchas veces la Hermana oía algunas palabras que llegaban hasta el cuarto de tejer y lloraba sin ruido. Algunas recibían los billetes y se iban asombradas, pero las que comenzaban a entender el dolor te maldecían a gritos.

¿Qué vas a hacer con ella? Ahora que te ha dicho lo que debiste saber, que no debió tomarte de sorpresa porque era la única forma como ella podía desbaratar todo lo que te ha llevado tanto tiempo en reconstruir. ¿Qué vas a hacer ahora que se ha acercado a ti y con palabras agudas y seguras como picos te ha vaciado las órbitas?

No tienes tiempo para comenzar otra vez. Para decirte: aquí fue el comienzo, recordarlo, reconocerlo y saber que es el único punto de partida para la tremenda tarea de recoger los pedazos de lo que ha sido desbaratado y ponerlos nuevamente en su sitio. No tienes tiempo porque ellos no te lo van a dar. No van a dejarte días y meses para planear y buscar y solucionar. Insistirán. Te acosarán hasta que decidas: porque su liberación depende de que tú aceptes que ellos no son parte nuestra, no quieren ser parte nuestra: que no quieren ser continuación de algo que está acabado: de una casa deshabitada y terminada. Que son otro principio, un comienzo de algo que también estará destinado a perecer como todo lo nuestro: pero quieren que ése sea su privilegio. Especialmente ella que se tomó el trabajo y el dolor y tal vez el asco de probarte, en la única forma que podía probarse, que habías fracasado. Y es que ellos tampoco tienen tiempo para esperar. Y esto lo sabes tú también.

No harás lo que el Padre: no le romperás la cara. No porque ellos te vayan a impedir que la castigues en su piel; sino porque a ella le será indiferente. Y también porque tú eres más inteligente que lo que el Padre pudo ser. No cabalgarás tres días de ida y tres días de vuelta en la misma semana como el Padre para ir a buscar a alguien que tuviera algo nuestro y que fuera al mismo tiempo tan distinto como para constituir una forma de castigo, y obligarlo a hacer algo que tal vez no quería hacer porque su pequeña y casual

cantidad de sangre idéntica le indicaba que este hecho no iba a ser una solución. Y luego, durante tres años destruir eficazmente todo lo que la costumbre y la comodidad de estar juntos, comer juntos, acostarse juntos, pudieran crear. Provocar eficazmente el momento en que esa pequeña y casual cantidad de sangre idéntica, ahora fortificada cada nueve meses tres veces durante veintisiete meses, se rebelara, para cabalgar de nuevo tres días y sin bajarse siquiera del caballo, disparar las veces necesarias para matar justificadamente al hombre que ya desde el momento cuando no se pudo evitar que naciera, no porque no se intentara sino porque esa misma pequeña y casual cantidad de sangre idéntica lo había afianzado en el vientre desprevenido, debió saber que estaba condenado a esa única muerte. Y volver al pueblo con el cadáver ya reventándose dentro de la apretada envoltura de la hamaca y enterrarlo aquí, para que el pueblo pudiera seguir recordando y odiando.

Los primeros golpes debieron perderse entre los ruidos de la lluvia, por eso no pudieron oírse en nuestros cuartos. Pero cuando ya les habían abierto el portón y atravesaban el pasadizo de ladrillos que separa los corrales, ni siquiera la lluvia pudo amortiguar el peso de los dieciséis cascos. Después del tumulto de las botas, las espuelas, los yataganes y por último los pellones, la voz, libre de la lluvia y de la llegada, llenó todo el aire en todos los espacios de la casa: A la Madre no: avísele a ella. Y luego las palabras: no la lluvia, ni la llegada ni la voz; sino las palabras: Lo mataron en

Sevilla, a punta de cavador. Y entonces el llanto inexperto de la Madre. Y las palabras sin detenerse: Alguien lo vio entrar solo en la casa de Demetrio y lo esperaron en el corral; se abrazaron a él como hormigas y no pudo sacar el revólver, debieron quitárselo porque no lo hemos podido encontrar. Cuando lo soltaron ya los otros tenían los cavadores rodeándole: lo golpearon con los hierros hasta tumbarlo. Cuando llegaron todavía tenía los cavadores clavados en todo el cuerpo.

Y las palabras, el llanto, las botas, las espuelas, los cascos, los caballos, en solo y apelotonado sonido llenándonos, llenándonos, llenándonos el cuerpo hasta reventársenos los ojos en un llanto ronco y salobre.

Entró en la lluvia y te dijo: Ven, ven a secarte que estás toda mojada. Fue mucho después de que salieran los soldados. Muchos después de que la casa se llenara del monótono sonido del llanto. Te puso las manos en los hombros y te empujó hasta el comedor. Con el pelo pegado a la cara y la lluvia todavía chorreando de tu bata, parecías una ahogada. Te sentó en el sillón del Padre. Te quedaste allí toda la noche: lo poco que faltaba en la noche: quieta: en silencio. No nos mirabas. Los ojos y la atención y la voluntad puestas en la lluvia que te separaba del portón por donde había llegado el ruido, la voz y las palabras de la primera derrota. La Hermana se dobló de pronto, cayó sobre tus rodillas con un llorar seco y contenido.

Entonces oímos tus palabras, pero no dirigidas a nosotras ni a nadie, sino a ti misma y tal vez al Padre

muerto: No me verán llorar, a mí no me verán llorar, no les daré ese gusto. Y el pueblo no te vio llorar. Aunque se aglomeró frente a la casa cuando trajeron la caja de madera húmeda y clavada a prisa donde venía el cuerpo horadado del Padre. Y esperó allí todo el día, bajo la lluvia, a que le sacaran hacia la iglesia. Y luego esperó en el atrio a que el sacerdote echara un poco más de agua sobre la caja, ya mejor clavada y menos basta y hasta pintada de negro. Y la siguió hasta el cementerio y la vio bajar hasta el fondo del hueco que había comenzado a llenarse con la lluvia de todo el día, tambaleante sobre las amarras esperó hasta que la cubrieron de barro salitroso y colocaron sobre el barro salitroso los montones de flores sucias y aplastadas. Y luego volvió a aglomerarse frente a la casa cerrada de la cual apenas si salía la música repetida y cansada del coro del rosario. Y después de la novena noche ya no volvió más Porque cada uno debió pensar que aún el cadáver roto del Padre era más fuerte que todo el pueblo.

Después del noveno día, todavía esperaste a que hubiera un poco menos de lluvia para mandar a buscarlos. No porque tuvieras la esperanza de que el Hermano volviera a la casa y los trajera: sabías que el Hermano no vendría, que tenía que ser obligado a ello y que la única manera de obligarlo era enviando por los hijos: dejándole saber que tú los querías en la casa: en la casa que les correspondía vivir y ser criados. Y tuviste que ceder por primera vez, tuviste que decirnos a todas: Necesita-

mos agrupar nuestra sangre, sembrarla en la casa para consolidar lo que está desmoronándose.

Y esta vez el Hermano los trajo. Y te los entregó para que tú los criaras y los hicieras parte de la casa. Y se quedó para ver cómo te sacaban los ojos y te derrotaban. Porque el Hermano sabía que todo intento tuyo para perpetuar al Padre fracasaría. Por eso ahora te está mirando simplemente. No a ellos: a ti. Esperando que aceptes que están derrotados: que el Padre y tú están derrotados definitivamente. El Hermano no ha hecho otra cosa que esperar. Ha esperado dieciocho años y nueve meses para saber seguramente lo que siempre debió intuir: que los cadáveres tirados a lo largo de los rieles y amontonados en las estaciones de los pueblos no significaban que había estado equivocado, que había sido vencido porque los que habían doblado los cuerpos de los campesinos sobre sus machetes enfundados tenían la razón. Ha necesitado todo este tiempo para derrumbarse la raza donde apoyaron los fusiles.

Te has vuelto hacia el Hermano. Has vuelto tus redondas cuencas huecas secas hacia el sitio donde él ha comenzado el mecánico y trabajoso movimiento de golpear, esparcir las cenizas y luego apretar la angosta hoja de tabaco dentro de la pipa. Si tuvieras ojos podrías ver el cansancio del Hermano. Un cansancio acumulado en sus huesos, que ha ido creciendo con él, distrayendo la propia finalidad de sus movimientos, haciéndolos menos precisos, menos definitivos. Un cansancio puesto

dentro de él, no en su piel ni en sus músculos sino dentro de su misma armazón ósea. Colocado allí para que no pudiera ser combatido ni echado fuera. Fijado por la noción precisa de que todo lo que se hiciera o se intentara para cambiar lo que estaba determinado por la voluntad del Padre, sólo conduciría a perder la oportunidad de conformarse. Un cansancio de estar seguro de que todo lo que se había decidido para él, aún antes de que hubiera nacido, perduraría aun después de muerto: esto a pesar de haber desconocido primero, luego roto, cambiado con su propio existir y con la violencia de sus actos todo lo que se había decidido para él. Un cansancio de tener que continuar luchando contra lo que desde el principio se supo que no podría ser derrotado. Porque habría primero que derrotar toda su sangre y el origen de sus manos y su cuerpo dentro de su cuerpo mismo. Y luego disolver todas las vinculaciones que su cuerpo hubiera creado con las gentes de la casa, y esto no era posible.

Porque si pudieras ver este cansancio, no tendrías ahora que ponerte a esperar que el Hermano diga las palabras que todos sabemos que no va a decir. Que no las dirá aun deseándolo: porque sabe ya que tampoco esta vez podrá derrotar lo que está decidido para ellos: no por el Padre, ni por ti, ni por él, sino por la sangre de ellos y la casa a la que ellos pertenecen. Esto lo sabes tú, lo sabemos todos. Pero quieres que sea el Hermano el que lleve el peso de las palabras que van a ser dichas: quieres que sea él porque tú no tienes ojos para ver su cansancio.

Fue necesario que crecieran y te sacaran los ojos. Necesario que también la sangre de ella haya resbalado voluntariamente por sus muslos y que la casa se llenara con el húmedo olor del descuartizamiento. Necesario quebrantar lo que creías haber reconstruido para saber que la sangre y el nombre perdurarán, no en el sosiego sino en la ira y la furia de la sangre y el nombre. Necesario cerrar tu cuerpo y apaciguar tu piel para que nada pudiera distraerte de la misión de criarlos. Necesario que laboriosamente formaras dentro de ti un apego a sus presencias, a sus voces, a sus modos, para sentirlos tuyos y poder soportar el largo crecimiento de su niñez sin desespero. Y luego dominar la angustia de sus enfermedades para lo que ya pudiera ser amor no te impidiera ser severa para su propio bien. Necesario endurecer la natural suavidad de tus brazos para no detener su llanto, agudo y solo, en las noches del desconcierto. Necesario fomentar el odio hacia ti para hacerlos fuertes; unidos; dependientes de ti por ese mismo odio fortalecedor. Necesario que hayas sido más fuerte que tu soledad para no dejar que te la resolvieran con sus tres vitalidades.

Y como si toda esta terca dedicación de tus miembros y tus vísceras y tus sentidos a un solo fin: criarlos: capacitarlos para que la sangre del Padre y el nombre del Padre perduren; como si todo esto no hubiera sido suficiente; como si el participarlos a esta casa no hubiera sido ya una labor agotadora: tienes ahora que aceptar lo que ella tiene en su vientre. Aceptarlo porque no te dieron la oportunidad de escoger: aceptarlo, porque si lo rechazas el

sacrificio de ella habrá sido útil y el odio de ellos te habrá derrotado finalmente. Y el quebrantamiento de su cintura será un precio pequeño para la liberación de ellos. Se lo has dicho a ella: Nacerá aquí y en esta casa se criará como uno que pertenece a esta casa hasta que de ustedes nazca alguien que pueda tomar el lugar del Padre. Aún sin ojos eres más fuerte que ellos: más fuerte que el pueblo, lo mismo que el Padre muerto.

EL PADRE

El Padre está sentado en una silla rústica hecha de madera y de cuero templado y sin curtir. El Padre tiene sesenta años y es fuerte y duro. Cuando se ponga de pies el Padre será de baja estatura, las espaldas serán anchas, la nuca abultada, el pecho poderoso, la cintura delgada y las piernas ligeramente corvas de haber pasado gran parte de sus sesenta años sobre un caballo. Cuando hable la voz del Padre será áspera, autoritaria, hecha de dar órdenes siempre. No hay ternura en el Padre. Pero tampoco hay torpeza. Es implacable pero no hay venganza ni amargura en él. Es naturalmente duro como el guayacán.

Las manos del Padre son delgadas y tal vez finas, pero sus caricias deben ser dolorosas y deben asombrar.

El cuarto donde está sentado el Padre es limpio y el piso está cementado; las paredes están pintadas con cal y no hay ni siquiera un almanaque; en un rincón, al lado de una ventana, hay un aguamanil

de hierro con su palangana, su jarra y su balde de peltre blanco. La cama está contra la otra ventana, al lado de la única puerta que da al patio y no a la calle aunque es un cuarto de esquina. La cama es de madera, ancha, resistente, y la estera gruesa que está puesta sobre las tablas está cubierta por una sábana muy limpia. En la cama no hay una sola almohada. En este cuarto no vive nadie; es un cuarto deshabitado pero atendido y cuidadoso y aseado diariamente.

La muchacha empuja una hoja de la puerta y éstas se abren como si hubieran estado cerradas a presión; entra, las hace coincidir cuidadosamente y las cierra con las dos manos; coge la tranca y la coloca sobre sus ganchos bloqueando la puerta. La muchacha va hacia el Padre, que no la ha mirado todavía, se agacha frente a él y comienza a desabotonarle las polainas que quedan paradas a cada lado de la silla como dos rollos gruesos y oscuros.

Todos los movimientos de la muchacha son mecánicos, como aprendidos hace mucho tiempo y practicados muy frecuentemente. La muchacha comienza a destrenzar los cordones de las botas sin levantar la cabeza.

El Padre: ¿Dónde estabas?
La Muchacha: En la tienda.
El Padre: ¿Qué fuiste a hacer?
La Muchacha: A comprar.
El Padre: ¿Por qué no fue tu madre?
La Muchacha: Está en el río. No sabíamos que usted venía hoy: hacía días que no venía.
El Padre: He dicho que no salgas de la casa.

La Muchacha: Yo no salgo: es que no creía que usted venía hoy.

La muchacha embute las medias dentro de las botas y las coloca ordenadamente al lado de una polaina, se levanta y queda frente al Padre, entre los pies descalzos del Padre, esperando el próximo movimiento conocido. El Padre se suelta la correa delgada que sostiene la cartuchera con el revólver, un poco más abajo de la correa ancha de doble hilera de huecos para la hebilla de dos ganchos que sostiene los pantalones, y se la entrega a la muchacha. La muchacha engancha nuevamente el canto de la correa en la hebilla y coloca la punta en la abertura de la cartuchera y va a colgar el revólver en uno de los clavos grandes que hay clavados contra el último travesaño de la puerta.

La Muchacha: Yo creía que usted no venía hoy porque como le mandaron razón.

El Padre: Por eso vine: por la razón.

La Muchacha: La razón era para que no viniera.

El Padre: Sí.

La muchacha se ha dado vuelta y mira al Padre, por primera vez de frente y con la cabeza erguida. El Padre está ya de pies y camina hacia la cama quitándose la camisa gruesa de kaki.

La Muchacha: Yo no salí a comprar.

El padre ha terminado de quitarse la camisa y la muchacha va hacia él para cogerla y volverse y caminar nuevamente los pocos pasos hasta la puerta para colgarla mecánica y cuidadosamente. Todavía de espaldas al Padre que ya ha comenzado

a desvestirse de la franela blanca de mangas largas y de cuello redondo, la muchacha repite:

La Muchacha: Yo no salí a comprar.

El Padre: A qué entonces.

La Muchacha: A oír.

La muchacha ha tomado la franela y la ha puesto al derecho metiendo una mano en una manga y luego la misma mano en la otra manga y la ha colgado con el mismo cuidado al lado del revólver y de la camisa.

El Padre: ¿A oír qué?

La Muchacha: Lo que dicen.

El Padre: No dirán nada: tienen miedo: son cobardes. Serán cobardes toda la vida.

El Padre está acostado de espaldas en la cama, del lado de la pared, con la cabeza quieta y mirando vagamente el intrincado andamiaje de varas y bejucos que sostiene el techo de paja. Las manos del Padre descansan sobre el pecho ancho y los dedos se mueven recorriendo la piel lentamente.

La Muchacha: No tienen miedo.

El Padre: Sí tienen miedo: siempre tendrán miedo.

La muchacha está sentada en el borde de la cama y con la punta de un zapato se quita el zapato del otro pie y luego con los dedos del pie descalzo se quita el otro zapato empujándolo fuera del talón.

La Muchacha: Está bien: tienen miedo, pero esta vez harán algo.

El Padre: No harán nada, no se atreverán, son cobardes.

La Muchacha: Está bien: son cobardes, pero van a hacer algo; están dispuestos a hacer algo.

El Padre: ¿Por qué estás tan segura?
La Muchacha: Lo sé.
El Padre: ¿Te han dicho algo?
La Muchacha: No: a mí no me dicen nada.
El Padre: ¿Por qué?
La Muchacha: No soy de ellos. Además no es cosa de mujeres.
El Padre: ¿De quién eres?
La Muchacha: De usted, usted me compró.

La muchacha se ha quitado el vestido y lo ha dejado caer en un ovillo al lado de los zapatos. Al acostarse al lado del Padre, de espaldas al Padre, con la cara vuelta hacia la puerta cerrada, la combinación de percal rosado apenas le cubre los muslos y la muchacha trata de estirarla hacia abajo con una mano mientras descansa la cabeza sobre la otra mano. Los movimientos de la muchacha están ahora entorpecidos por un pudor formidable. Aprieta firmemente las piernas, las dobla contra los muslos y se encorva tímida, no asustada.
La Muchacha: Josefa me lo dijo.
El Padre: ¿Qué te dijo?
La Muchacha: Que lo iban a matar.

El Padre, sin volverse, levanta un brazo y pone la mano sobre el hombro de la Muchacha. La Muchacha se extiende, afloja las piernas y queda con la espalda sobre la cama, casi junto al Padre, tan larga como el Padre.

El Padre saca la mano de debajo del peso de la espalda de la Muchacha y la pone sobre el pecho de ella.

La Muchacha cierra los ojos.

El Padre: ¿Quiénes?
La Muchacha: Todos: el pueblo.
El Padre: ¿Cuándo?
La Muchacha: Cuando usted volviera aquí.
El Padre: ¿Por qué no me mataron cuando llegué?
La Muchacha: Esperarán a que se ponga oscuro.
El Padre: Tienen miedo: me tienen miedo: no se atreverán a hacerlo.
La Muchacha: Le tienen miedo, pero ahora lo odian más.
El Padre: Siempre me han odiado.
La Muchacha: Siempre odian a los que tienen plata.
El Padre: No, no es por la plata: siempre odian a los mejores que ellos. Yo soy mejor.
La Muchacha: No es por la plata, a usted no lo odian por la plata: es por lo de la huelga.
El Padre: ¿La huelga?
La Muchacha: Mataron muchos en la estación: los soldados dispararon desde los vagones: no se bajaron: el tren paró y los soldados dispararon sobre los que estaban en la estación y el tren arrancó después: los soldados no se bajaron pero mataron un montón.
El Padre: Bien hecho.
La Muchacha: Yo no lo vi: yo nunca voy hasta la estación, pero Josefa me lo contó.
El Padre: Sí.
La Muchacha: Por eso dije que le mandaran la razón: para que no viniera.
El Padre: ¿Quién le dijo a Josefa que me iban a matar?

La Muchacha: Todos: el pueblo: todos dicen que lo van a matar.
El Padre: ¿Pero quiénes son?
La Muchacha: Todos: el pueblo entero.
El Padre: Son los mismos cabecillas.
La Muchacha: No, a los que organizaban lo de las fincas los mataron en la estación. No quedó ninguno.
El Padre: Bien hecho.
La Muchacha: Es el pueblo: ahora son todos.
El Padre: No, solos no harán nada.
La Muchacha: Sí: esperarán a que esté oscuro.

El Padre se vuelve hacia la muchacha y la cubre con un brazo y apoya parte de su pecho sobre el pecho de la muchacha.

El Padre: Nosotros no vamos a esperar a que esté oscuro.

La muchacha, con las dos manos, se levanta el lado izquierdo de la combinación descubriendo toda la pierna hasta la cintura y sin mirar, con dedos hábiles y seguros comienza a desatar el nudo de la tira que le sujeta la jareta de los pantalones también de percal rosado.

1)

—Acaba de llegar; el caballo está en el patio.
—¿Cómo sabes que es él?
—Es su caballo.
—¿Estás seguro?

—¿Quién no conoce ese caballo?

—Pero, ¿lo viste a él?

—No, a él no lo he visto pero es su caballo y tiene su silla y los estribos marcados.

—Nadie más monta ese caballo.

—Nadie más.

—Y los aperos menos.

—Sí, entonces tiene que ser él.

—Pero le mandaron razón: yo no creí que viniera por todo este tiempo.

—Sí, le avisaron que no viniera.

—Ella tampoco lo esperaba. Salía de la tienda cuando vio el caballo en el patio: entonces se fue corriendo a la casa.

—Tiene que ser él.

—Es él, yo te digo que es él.

—Sí.

—Yo no creía que se atreviera a venir.

—Tú no lo conoces.

—¿Y ahora qué vamos a hacer?

—Ahora tendremos que matarlo.

2)

—Vino solo.

—Sí, parece que vino solo.

—Mejor es averiguar.

—Ha podido traer la escolta.

—¿De peones? Si los peones de La Gabriela también se fueron.

—No: la escolta son los soldados.

—Verdad: los soldados deben estar esperándolo en la represa.

—Esperando que él les avise será.

—Sí, esperando que les avise para entrar al pueblo.

—Mejor averiguamos porque si trajo soldados es mejor no hacer nada.

—De todas maneras vamos a hacerlo.

—Con los soldados no podemos.

—Sí podemos.

—Vino solo.

—No sabemos.

—Entonces hay que bajar hasta la represa para ver si están los soldados.

—Es lo mejor.

—¿Y si están del lado de la línea?

—No, allá no están; nosotros estuvimos vigilando toda la mañana por los lados del puente.

—Si trajo escolta tienen que estar en la represa.

—Vayan ustedes a la represa a ver; nosotros esperamos aquí.

—Bueno.

—No se vayan a dejar ver.

—Bueno.

—¿Y si hay soldados?

—No importa, de todas maneras vamos a hacerlo.

—¿Entonces para qué mandaste a averiguar?

—Para saber.

—¿Vamos a esperar a que regresen?

—Sí.

—Hay que avisar.

—Ya todos lo saben: hace rato que su caballo está ahí en el patio.

—Todos lo han visto ya.

—Sí, pero si trajo a los soldados no lo van a hacer.

—Sí lo haremos.

—Los soldados tienen máuser. Nosotros no tenemos nada: la requisa cargó hasta con las rulas.

—Tenemos los cavadores.

—¿Los cavadores?

—Sí: los cavadores.

3)

—Lo van a matar, como se quede lo van a matar.

—Para qué vino.

—Ella lo mandó llamar.

—No, dicen que ella le mandó razón para que no viniera: que le advirtió que lo iban a matar.

—Eso dicen, pero no es así: no pudo aguantarse y lo mandó a llamar.

—Si lo matan será culpa de ella.

—Por eso solo, porque ella lo mandara a llamar no iba a venir.

—No pudo aguantarse todo este tiempo: es una bandolera.

—Siempre ha buscado mujer cuando él quiere, no cuando uno quiere.

—Es una bandolera.

—Es igual a todas nosotras.

—No es igual: lo ha mandado llamar cuando sabía que lo iban a matar. Porque ella: sabía que si venía lo mataban: todo el pueblo lo sabía. Después de la matanza de la estación lo han estado esperando. Al hombre de una hay que defenderlo.

—El no es de nadie, nunca fue de nadie. A ella no le tiene más consideración de la que te tuvo a ti.

—A mí siempre me trató bien: yo no le di motivos.

—Ninguna le ha dado motivo, ninguna se atrevería a darle motivo.

—No es malo: no es tan malo como dicen.

—El no es malo: es el dueño; el dueño de todo y puede tener todo lo que quiera.

—A usted no la pudo tener.

—¿Eso dicen?

—Sí, dicen que a usted siempre la ha respetado.

—A mí no me quiso tener.

4)

—Ahora tendremos que matarlo.

—Por qué regresó: ¿acaso no sabía?

—Vino a obligarnos. Siempre nos ha obligado a todo: ahora viene a obligarnos a que lo matemos. Viene a provocar el miedo.

—No, vino porque no creyó la razón: pero cuando ella le diga que es verdad, que lo vamos a matar; cuando él se convenza que ella le mandó la

razón porque es verdad y no por otra cosa, que no son engaños de ella, se irá.

—No se irá.

—Se irá y no podremos hacerle nada: tampoco podremos hacerle nada esta vez.

—No se irá porque sabe que le tenemos miedo.

—Sí, le tenemos miedo.

—Y por eso le vamos a matar: porque le tenemos miedo.

—No, no es por eso: es por todo lo que nos ha hecho, por todo lo que te ha hecho a ti y lo que me hará a mí si sigue viviendo: es por haber traído a los soldados para que nos mataran por lo que tenemos que matarlo a él.

—No, es por miedo. Y también porque es mejor que nosotros y él lo sabe.

—Tal vez es mejor que cada uno de nosotros, pero no mejor que todos.

—Es mejor que todos: por eso tenemos que juntarnos todos para matarlo.

—Si no se va ahora, después de haber hablado con ella, es porque no cree que nos atrevamos contra él; porque no cree que seremos capaces de matarlo.

5)

—Todavía no sabemos si seremos capaces.

—No hay soldados en la represa.

—Ni rastros.

—¿Vieron bien?
—Sí.
—No hay ni rastros.
—Mejor.
—Entonces vino solo.
—Sí, vino solo.
—Era mentira de que ella le había mandado razón.
—Sí era mentira; ella es como nosotros.
—Decían otra cosa.
—Sí, pero era mentira.
—¿Ya todos saben que no hay soldados?
—Sí, veníamos avisando.
—A algunos habrá que ir a buscar al monte.
—¿Por qué?
—Con la matazón muchos se huyeron al monte y no han vuelto.
—Es que creen que los soldados van a volver.
—La huelga ya se acabó, a qué van a volver.
—Uno no sabe.
—Podemos ir a buscarlos.
—Podemos.
—¿Hay muchos avisados?
—Sí, muchos.
—Entonces para qué vamos a buscar a los otros.
—Hay tiempo.
—¿Hay tiempo?
—Sí.
—Si quieres vamos.
—Bueno, vayan.
—El caballo está todavía en el patio.

—¿Ahora qué esperamos?
—Esperamos a que se ponga oscuro.

6)

—Sabes, van a matarlo hoy.
—¿A quién?
—Al marido de Regina.
—¿Al viejo que vienes siempre en el caballo bonito?
—Sí, al dueño de La Gabriela.
—Por todo esto no hay un caballo como ése.
—Ni parecido.
—Debe tener más en La Gabriela.
—Vamos un día de éstos hasta allá.
—Es muy lejos. Y no creo que tenga otro caballo como ése.
—¿Te acuerdas de los caballos que trajeron aquella vez para la fiesta?
—Sí, pero a mí me gusta más el del viejo.
—El manchado que montaba el hombre que tenía el pelo largo como mujer era bonito.
—A mí no me gustan los caballos con manchas, me gustan los de un solo color.
—Este año no hubo fiesta.
—Qué pasaría: todos los años hay: ¿no es verdad?
—Sí.
—El caballo del viejo está en el patio de la casa de Regina.

—¿Quién dijo?

—Así dicen.

—¿Por qué no vamos a verlo?

—Ahorita se pone oscuro. La oscurana tiene maleficio.

—Y cuando lo maten, ¿quién se va a quedar con el caballo?

—No sé. Esta noche se va a poner muy oscuro porque no hay luna. Si sientes La Llorona me dices mañana, y si yo la siento te digo.

—Bueno.

—¿Tú la has oído?

—Yo no. Yo creo que el caballo se huye.

—Está en el corral.

—Si matan al viejo el caballo se huye; yo sé que se huye.

—Busquemos un tejo y juguemos a la raya, ¿quieres?

—Bueno.

—¿O sacamos la cometa?

—No, es muy tarde. Casi está oscuro ya.

7)

—Ya está oscureciendo y el caballo sigue ahí en el patio: qué espera, por qué no se va.

—Nos está esperando.

—¿A nosotros?

—Sí a todo el pueblo.

—¿Y nosotros qué esperamos? ¿Por qué no han comenzado a salir de sus casas?

—Esperan que se ponga más oscuro.

—¿Para qué necesitamos que esté oscuro?: todos estamos de acuerdo en esto.

—No sabemos lo que vamos a hacer.

—Necesitamos que esté oscuro para que él no nos vea; ¿no es eso?

—No es para que él no nos vea: es para no vernos nosotros.

8)

—¿Regresaron todos?

—Sí, todos están en sus casas esperando.

—Les avisamos que los soldados no volvieron y que él estaba solo en la casa.

—Todos regresaron enseguida.

—Al pasar vimos al caballo.

—Todavía está ahí.

—¿Se irá a quedar toda la noche?

—Nunca se queda a dormir: nunca lo ha hecho.

—Ya está bien oscuro.

—¿Vamos?

—Vamos.

9)

—Están saliendo de las casas y el caballo todavía está ahí.

—Lo van a matar.

—Por culpa de esa bandolera lo van a matar.

—No: de esto nadie tiene la culpa: ni siquiera él.

—Si ella hubiera querido, si ella le hubiera contado habría podido irse.

—El lo sabía: lo supo siempre: no ha querido irse.

—Va a esperarlos y no se atreverán a hacerle nada.

—Quién sabe.

—No se atreverán, nunca se ha atrevido nadie.

—Ahora son todos: es el pueblo.

—Le van a caer en gavilla.

—Sí: en gavilla.

—Ojalá no lo maten.

—Ojalá, ojalá, ojalá.

10)

—Vamos a la casa: ya está muy oscuro.

—No.

—Está muy oscuro; ¿a qué vamos a jugar?

—A nada.

—Entonces vamos a la casa.

—Yo no voy a la casa, yo no voy a jugar a nada: me voy a quedar aquí, aquí me voy a quedar toda la

noche porque si lo matan el caballo se huye, no podrán con el caballo, a ese caballo no lo va a agarrar nadie: se va a huir y va a pasar por aquí corriendo y yo lo voy a ver: no voy a perderme de verlo la última vez.

La Muchacha oyó el golpear amortiguado y redondo de los cascos del caballo en el patio; y luego, en un tropel silencioso, en procesión regular, el ruido de las varas, de la talanquera y los pasos sobre el barro apisonado, sobre la verdolaga espesa, alrededor de toda la casa, alrededor del cuarto, alrededor del caballo que pateaba y hacía crujir los aperos nerviosamente; la Muchacha oyó al Padre vistiéndose con prisa pero seguramente; oyó el ruido metálico de los ganchos de las correas del Padre recorrer los ojetes metálicos y apagarse al descansar el cuero sobre el cuero; oyó las botas del Padre afirmarse sobre el piso duro del cuarto: oyó desatrancar la puerta y girar los goznes ruidosamente. Y entonces todos los sonidos secos de la muerte y del apresuramiento se metieron atropellándose por el hueco desamparado de la puerta. La Muchacha oyó el abalanzarse de los hombres y el forcejeo; oyó el rodeo jadeante alrededor del Padre; oyó el desacompasado golpear de los cavadores sobre el cuerpo que se oía ceder al ataque inexperto pero tenaz. La Muchacha oyó la caída ronca del cuerpo y la caída ronca de los cavadores ya innecesarios sobre el Padre muerto. La Muchacha no oyó palabras: solamente el relincho furioso y el galope despavorido del caballo atravesando el pueblo como una herida ancha e inacabable.

EL PUEBLO

El pueblo es ancho, escueto y caluroso. Las primeras casas comienzan de aquel lado de los rieles, sobre los playones resecos y cubiertos de una transparente pelusa de sal. Son casas de madera con techos oxidados y rotos por donde se mete la lluvia y una que otra luz cuando hay luna. Aunque están llenas de mujeres no son casas alegres: porque las mujeres deben bailar toda la noche nunca tienen tiempo de adornar las casas ni sembrar una mata. Y como casi nunca se demoran mucho en el pueblo, las casas siempre parecen deshabitadas. Llegan una madrugada con un baúl pequeño y una bolsa de papel; cuelgan los retratos, encienden una vela y se sientan a esperar. Cualquier tarde recogen las cosas que se han ido desparramando por el cuarto, compran una bolsa nueva y se van: un poco más cansadas, pero sin saberlo.

El pueblo comienza aquí, aquí terminan los playones y aquí está La Estación junto a la que para el tren cargado de racimos de fruta y de jornaleros.

Los jornaleros se tiran de los carros abiertos y de los techos de los vagones y el tren sigue hacia el puerto.

Las casas de los jornaleros están a este lado de los rieles: son también de madera y los techos también son de planchas de zinc agujereadas. Pero estas casas están pintadas de azul y de rosado y de blanco y en un rincón amplio de la sala, metida en una funda de cretona floreada y descansando sobre cuatro trozos de cristal, está la victrola que ponen a sonar los domingos y los sábados por la noche. Los hombres que trabajan en las fincas toda la semana y que vienen al pueblo a emborracharse y a darle parte de su jornal a sus mujeres y a las otras mujeres, fueron llegando en grupos; o solos; o con sus familias, algunos traían un perro y una mujer pequeña y blanca y callada. Otros sólo trajeron una manta gruesa envuelta debajo del brazo y un rula. Todos silenciosos, fuertes para el trabajo y silenciosos y perseverantes para el aguardiente.

Algunos se quedan pocos meses: trabajan, cobran y se vienen al pueblo a sentarse en los patios de sus casas y a mirar los picos de la sierra. Un día se van sin siquiera haber visto el mar. Otros se mudan con sus familias a los lindes de las fincas y van formando pueblos a lo largo de las carrileras del tren, a las orillas de los ríos frescos que bajan de la sierra, más cerca de las montañas.

A medida que el pueblo se aleja de La Estación hacia el centro, hacia la plaza ancha y la iglesia, las casa y las calles se van agrandando y la vida se detiene y se aquieta. Alrededor de la iglesia viven los dueños de las fincas: tres familias que han

casado a sus hijos, y a los hijos de sus hijos, entre sí. Y a cada muerte urge un odio nuevo y las grandes plantaciones se van desmembrando y las casonas grandes de gruesas paredes de mampostería se van haciendo más infranqueables y se van quedando más solas. Estas casas que rodean la plaza y la iglesia del pueblo, parece que siempre hubieran sido viejas. Por fuera el salitre las destruye lenta y seguramente, pero dentro del aburrimiento de las mujeres que sienten pasar el tiempo sobre sus cuerpos desaprovechados y la dura conformidad de los hombres que fueron una vez a Bruselas, alimentan la fuerza que hace a estas casas perennes.

El pueblo termina frente al mar: un mar desapacible y sucio al que no mira nadie. Sin embargo el pueblo termina frente al mar.

EL DECRETO

Magdalena, diciembre 18 de 1928

DECRETO No. 4

Por el cual se declara cuadrilla de malhechores a los revoltosos de la Zona Bananera

El Jefe Civil y Militar de la provincia de Santa Marta en uso de sus facultades legales y

CONSIDERANDO:

Que se sabe que los huelguistas amotinados están cometiendo toda clase de atropellos; que han incendiado varios edificios de nacionales y extranjeros, que han saqueado, que han cortado las comunicaciones telegráficas y telefónicas; que han

destruido líneas férreas, que han atacado a mano armada a ciudadanos pacíficos; que han cometido asesinatos, que por sus características demuestran un pavoroso estado de ánimo, muy conforme con las doctrinas comunistas y anarquistas, que tanto de palabra en arengas, conferencias y discursos como por la prensa en el «Diario de Córdoba» y en hojas volantes, han propalado los dirigentes de este movimiento que en principio fue considerado como huelga de trabajadores pacíficos; que es un deber de la autoridad legítimamente constituida dar garantías a los ciudadanos tanto nacionales como extranjeros, y restablecer el imperio del orden adoptando todas las medidas que el derecho de gentes y la Ley marcial contemplan.

DECRETA:

Artículo 1o. Declárase cuadrilla de malhechores a los revoltosos, incendiarios y asesinos que pululan en la actualidad en la zona bananera.

Artículo 2o. Los dirigentes, azuzadores, cómplices, auxiliadores y encubridores deben ser perseguidos y reducidos a prisión para exigirles la responsabilidad del caso.

Artículo 3o. Los hombres de la fuerza pública quedan facultados *para castigar por las armas* a aquellos que se sorprenda en infraganti delito de incendio, saqueo y ataque a mano armada y en una

palabra son los encargados de cumplir este Decreto.

El Jefe Civil y Militar de la provincia de Santa Marta.

CARLOS CORTES VARGAS
General

Mayor ENRIQUE GARCIA ISAZA
Secretario

JUEVES

La mujer abrió los ojos: no había estado dormida: había apretado los párpados y se quedó quieta sintiendo cómo se le secaban lentamente los pozos de sudor debajo de la espalda y sobre el vientre. Una luz neblinosa comenzó a meterse por los huecos redondos del techo y el cuarto se llenó de una penumbra fácil y helada. Llovió esta madrugada —pensó—. Miró el charco delgado debajo de la puerta y el marco apenas húmedo de la ventana y los parchones de las paredes sin gotear todavía. Pero no llovió muy fuerte —pensó— lloviznó toda la noche, eso fue. Cerró los ojos y se movió en la cama: abrió las piernas, las desprendió: las despegó, movió los brazos, rodó las manos sobre los tramos de piel seca granulada de polvo y de salitre. Todo estaba fresco a los lados de su cuerpo. Se volvió sobre la cama: sobre el lienzo áspero, descubierto: pataleó: pateó sin fuerza un ovillo de sábana que se le había enredado en los pies. Se pasó un brazo por la cara y sintió los labios secos, cubiertos

de una costra, cresta, dulce: se los limpió con los dientes. Abrió los ojos, irguió la cabeza y escupió varias veces sobre el suelo. Quedará agua en el porrón —pensó— tengo una sed. Se dejó resbalar sobre un lado de la cama y girando las piernas buscó los zuecos con las plantas de los pies: los seis palos de la cama, alta, endeble, tambalearon y crujieron y el lienzo quedó templado y liso por un momento. Miró el horcón frente a ella y el clavo solo, como un retoño, grueso y oxidado. Miró la cuerda que atravesaba el cuarto de una pared a otra: doblados sobre la cuerda, desgonzados, el traje verde brillante y dos trapos, como pañales, limpios y blancos. Miró la pared al final de la cuerda y los cuatro clavos forrados con papel, como deditos gordos enguantados. La toalla —pensó— dónde puse la toalla. Caminó hacia el rincón donde estaba la mesa de patas cortas y el porrón de barro rojo, sobre el plato anegado, también de barro rojo. Al lado de la mesa, amontonada sobre el suelo, la toalla, ancha, vieja, de flecos ralos y sucios. Se agachó y recogió el montón de toalla, lo apretó contra los senos, los muslos y el vientre: palpándolo. Sacudió la toalla y se envolvió en ella, anudándosela debajo de una axila. Desenganchó el jarro blanco, de peltre, de su clavo y lo metió en la boca ancha del porrón. El jarro raspó varias veces el fondo buscando el agua. Lo sacó medio lleno y sorbió un buche. Volvió la cabeza y lo escupió casi por encima del hombro. Botó el poco de agua que quedaba en el jarro contra la pared y lo colgó en su sitio. Sabe a ladrillo —pen-

só—. Agua puerca —pensó—. Envuelta en la toalla se subió a la cama y se acostó boca abajo sobre el lienzo pelado. Cerró los ojos y pensó: Esta noche me voy, esta noche me voy, esta noche me voy. Y se quedó dormida.

* * *

El niño entró corriendo por debajo de la puerta de vaivén y se detuvo, como perdido, frente al mostrador. Miró las cuatro mesas vacías. La madre estaba sentada en la última mesa, de espaldas a la entrada. El niño llegó hasta la mesa contando los pasos y poniendo mucha atención en las puntas de sus zapatos blancos.

El hombre le puso la mano sobre la cabeza y le desordenó el cabello. El niño movió la cabeza y sonrió. La madre lo atrajo hacia ella, casi brutalmente, y le dijo:

—¿Qué quieres?

El hombre habló sin mirar a la madre, golpeando la mesa con el vaso grueso y corto:

—¿No quieres que lo toque?

—Lo siento; no es eso: es que no quiero volver a olvidarlo; es lo único que tengo ahora.

—Me gusta acariciarlo. Siempre me gustó.

—Yo sé.

El niño se acercó más a la madre, separándose de la caricia del hombre. La madre le puso la mano en la frente.

—Estás caliente. No salgas más al sol.

El niño comenzó a jugar con los botones de la blusa de la madre. Como acordándose de pronto dijo:

—¿Oíste la campanita?

—No. ¿Cuál campanita?

—Me dijiste que cuando oyera la campanita te viniera a avisar. Tú misma me lo dijiste.

El hombre tomó un billete del dinero que estaba sobre la mesa, al lado del vaso ya vacío, y volvió a hablar sin mirar a la madre, atento al niño:

—La campanita del carro de los helados.

La madre le quitó el billete al niño. Ahora el hombre miró a la madre; no con rabia sino con asombro. Y habló con la voz dura, como dando una orden.

—Déjaselo: deja que compre el helado.

El niño rodeó la mesa caminando sobre los talones y haciendo andar los dedos sobre el borde redondo. Le dio la vuelta completa a la mesa y dirigió los dedos hacia las monedas que estaban al lado del vaso.

—Yo quiero mejor una moneda.

—Está bien.

El hombre acercó las monedas hasta los dedos del niño. La madre dejó de buscar en su cartera y miró al hombre desamparada. El hombre miró hacia el mostrador y levantó el vaso mostrándoselo al cantinero.

El niño se detuvo nuevamente frente al mostrador para ver al cantinero destapar una botella y servir el trago en un nuevo vaso. Luego salió

corriendo hacia la calle golpeando la puerta que se quedó batiendo en el aire violentamente.

La mujer dijo:

—No lo vuelvas a hacer, por favor. ¿Por qué no quieres entender?

¿Entender qué? Me olvidará fácilmente: lo mismo que tú.

—No quiero que lo hagas, simplemente eso: no quiero que lo hagas.

—No tengas miedo: todo te será fácil.

—No tengo miedo, ni todo me va a ser fácil. Cuántas veces vamos a discutirlo. No quiero discutirlo. No soporto otra discusión.

—Yo no estoy discutiendo. ¿Qué te dijo el médico?

La mujer cerró la cartera y la puso otra vez sobre la mesa. El cantinero trajo el vaso lleno y recogió el vacío.

El hombre repitió:

—¿Viste al médico?

—No estaba.

Y luego, como explicando:

—Lo pusieron preso.

Y como para tranquilizar al hombre que se había tomado el trago y había puesto nuevamente el vaso sobre la mesa con un gesto violento:

—Ya no importa.

El hombre inclinó un poco la cabeza y comenzó a mover el fondo húmedo del vaso sobre la madera pelada de la mesa. Sin mirar a la mujer dijo:

—No podrás irte hoy: no vendrá el tren.

El niño entró caminando muy despacio, sosteniendo con las dos manos el barquillo lleno de helado. Pasó frente al mostrador y lo mostró al cantinero; se acercó a la mesa y lo mostró sonriendo a la madre y al hombre. Después se sentó de espaldas al mostrador y principió a comerse el helado muy cuidadosamente.

* * *

—Esto lo paran a tiros: esto se acabó.

—No creo que se atrevan.

—Se atreverán. Están dispuestos a acabar con esto en cualquier forma.

—Meterán más a la cárcel pero no creo que echen bala.

—Van a echar bala; yo los conozco: no es la primera vez que estoy en una cosa de éstas: yo tengo experiencia.

—Sí, yo sé que usted tiene experiencia pero es que son muchos: son muchos trabajadores y muchos pueblos.

—Por eso pidió los refuerzos el General; con la poquita tropa que hay aquí no pueden exponerse con los trabajadores. Mire: yo se lo digo: esto lo acaban a bala.

—Si usted está tan seguro, tenemos que hacer algo para impedirlo.

—Yo no puedo hacer nada ya: yo me voy esta noche.

—¿Se va?

—Sí.

—Usted no puede irse; no puede irse ahora con esta situación tan difícil.

—Yo terminé mi labor.

—Usted no puede irse.

—Yo terminé ya: lo demás es cosa de ellos.

—Ellos ya no cuentan; ahora tenemos que proteger al pueblo. Ellos dieron la plata porque querían acabar con los comisariatos: usted lo sabe perfectamente.

—Sí, pero no es cosa mía.

—Claro que es cosa nuestra. Nosotros metimos al pueblo en esto: A ellos solamente les interesa quitarse la competencia de los comisariatos de encima.

—De todas maneras el pueblo va a salir ganando algo.

—Ganando qué: ¿muertos?

—A mí me trajeron para organizar una huelga, no para proteger a nadie. Como se lo digo: aquí va a haber bala y yo me voy esta noche.

VIERNES

La mujer despertó: abrió los ojos y oyó el ruido de pasos acompasados, machacantes, más que un ruido, un rumor monótono. La mujer pensó: ¿Qué será? Miró la oscuridad del cuarto y luego los huecos del techo y las rendijas de las paredes por donde debía comenzar a entrar la luz. No ha amanecido todavía —pensó—. El ruido, el rumor, el acompasamiento, siguió llenando el cuarto, rodeándolo, envolviéndolo. La mujer quiso oír la lluvia sobre las láminas de zinc del techo: Miró la ventana cerrada: levantó la cabeza: la dejó caer rebotando sobre el lienzo pelado de la cama: quieta volvió a mirar al techo comenzando a distinguir los huecos, los travesaños, los listones. No oyó la lluvia. Ya escampó —pensó—: y después: Hace frío. Giró un poco el cuerpo hacia la izquierda, hacia la pared y con el brazo derecho fue sacando la toalla apelotonada debajo de su espalda, debajo de sus nalgas, debajo de sus piernas. Extendió la toalla encima de su pecho, encima de su vientre, encima de

sus piernas. La levantó un poco con las dos manos y se volteó totalmente sobre el lado izquierdo; dobló las piernas, juntó los brazos y se quedó quieta: todo el cuerpo acurrucado debajo de la toalla. ¿Qué será? —pensó—. La mujer se enderezó; acostada sobre la espalda nuevamente, sujetó la toalla con la barba sobre el pecho y la estiró a lo largo de su cuerpo; los flecos le tapaban escasamente las rodillas. La mujer abrió las piernas y se añuquió el canto de flecos; cerró las piernas aprisionando un montón de toalla entre los muslos. Son los soldados —pensó de pronto—. Se levantó enseguida y caminó hacia la ventana, anudándose la toalla debajo de una axila; empujó las hojas para desenganchar la aldaba, la abrió y vio la fila de hombres que caminaban del otro lado de la línea, hacia la estación. La mujer cerró la ventana y volvió cerca de la cama: se agachó y recogió los zuecos. Se sentó en la cama, se puso los zuecos y se quedó quieta con los brazos apoyados en el larguero, moviendo solamente las piernas como péndulos. El ruido, el rumor machacante, acompasado, terminó de pasar: el cuarto estaba casi claro con una luz floja, sin brillo. Se echó de espaldas atravesando la cama con su cuerpo: los hombros contra el otro larguero y la cabeza casi en el aire sostenida por la pared. Los soldados —pensó otra vez— los soldados. La mujer se levantó definitivamente y comenzó a vestirse.

* * *

Los dos hombres y los dos caballos caminaban decididamente sobre el barro blando que se abría al paso de los pies y de los cascos. Avanzaban con lentitud y en silencio, afirmando cada paso para no resbalar. Uno de ellos, el más joven, guiaba los caballos agarrando el mazo de riendas con una mano: casi sin esfuerzo porque lo seguían dócilmente, sin resistirse a los tirones secos y cortos con que el hombre joven los dirigía: Al llegar a los carriles de los trenes se detuvieron. Los caballos alzaron las cabezas y se sacudieron los bocados con movimientos desordenados y nerviosos. El hombre joven se volvió y les palmoteó los cuellos húmedos de llovizna: se quedaron quietos, como esperando una nueva orden. Los hombres rasparon el barro que se había pegado a las suelas de sus zapatos contra las aristas de los rieles, se metieron dentro de la carrilera y siguieron caminando irregularmente sobre las traviesas. Los caballos bajaron las cabezas como para olfatear los rieles, pero el hombre joven estiró el brazo de las riendas hacia afuera y los hizo andar a un lado de la vía. Anduvieron otro trecho en silencio. Y luego el hombre joven dijo: «Vine a buscarte porque me mandaron». El otro no volvió la cabeza. «Están esperándote: llegaron dos planchones llenos de soldados». El otro se detuvo: los caballos trataron de seguir, el hombre joven separó las riendas y con un tirón fuerte y sorpresivo hizo pasar un caballo al otro lado de los rieles: y preguntó: «¿Cuándo llegaron?». «Hace

poco, apenas están desembarcando». El otro hombre tomó las riendas de un caballo, bajó los estribos que estaban cruzados sobre la silla y montó con un ademán rápido y preciso. Trató de hacer volver el caballo hacia la derecha, pero el hombre joven había agarrado las riendas cerca al freno y lo sujetó firmemente. El caballo, desconcertado, movía la cabeza hacia uno y otro lado y pateaba con los cuatro cascos el barro. El hombre joven dijo: «No hay tiempo ahora. Te están esperando». Y soltó las riendas. El otro hombre lo miró con rabia, por un instante, mientras trataba de dominar al caballo, y gritó: «Suelta». Pero ya el hombre joven se había vuelto hacia su caballo y montando, esperaba que el otro cruzara los durmientes y lo siguiera. Antes de comenzar el trote corto y cuidadoso sobre el ancho barrial del playón, dijo: «Yo sabía dónde estabas. Tampoco hay tiempo para eso ahora, pero cuando esto termine lo habrá». «Está bien, cuando quieras», dijo el otro y los caballos comenzaron a trotar.

* * *

La oscuridad del cuarto se abrió de pronto en un círculo rojizo que envolvió la cara y el pecho del hombre, la espalda de la mujer y un pedazo de pared con su pedazo de almanaque sucio. La súbita claridad se encogió enfrente de la boca del hombre y fue absorbida ávidamente: luego el humo lechoso llenó el hueco redondo que había abierto la llama y la noche volvió a cerrarse dentro del cuarto. Enton-

ces la mujer oyó la señal: los silbidos bajos y cortos, como silbidos de sapos, se repitieron apremiantes. El hombre se puso los pantalones y cruzó el cuarto hacia la puerta. La mujer, despierta ya, se sentó en la cama, sosteniendo la sábana sobre los senos y con la espalda desnuda tapando el pedazo de almanaque. El hombre quitó la tranca y las bisagras sonaron oxidadas, asomó la cabeza y los hombros: entonces la mujer oyó los ruidos de los caballos, pero no las palabras. El hombre cerró la puerta pero no puso la tranca: dejó el trozo pulido de guayacán en su rincón y caminó hasta el baúl, quitándose los pantalones para comenzar a vestirse. La mujer preguntó: «¿Qué es?». El hombre contestó: «Nada, nada».

La mujer siguió preguntando: «Llegaron, ¿no es cierto?». El hombre terminó de abotonarse la camisa y se puso los pantalones. Se agachó y buscó las botas debajo de la cama. Se sentó nuevamente y comenzó a ponérselas. «¿Qué van a hacer?», volvió a preguntar la mujer. El hombre dijo por fin: «No sé». Y se levantó. La mujer dijo las palabras como una cantaleta aprendida de memoria de tanto repetirla: «Tú no tienes que meterte, tú eres del tren, tú no eres de las fincas, por qué tienes que meterte en eso». El hombre abrió la puerta, y antes de salir dijo: «Pon la tranca». La mujer se dejó caer de espaldas sobre la cama: la sábana se rodó y los senos gruesos, hinchados, quedaron descubiertos: La mujer trató de estirar la sábana hacia arriba, pero sólo alcanzó hasta la mitad del vientre grueso, hinchado, como un gran lobo listo a reventar. La

mujer se lo palpó con las manos abiertas y se quedó quieta: esperando que los ojos se le llenaran de lágrimas y que las manos se le llenaran de pataleo.

* * *

Uno de los hombres dijo: «Se está demorando». «Sí». Y después: «¿Por qué regresó, qué fue a hacer?». «Le avisaron algo de la hermana». El hombre se levantó. Los otros siguieron acuclillados, sentados con las piernas abrazadas contra el pecho, recostados contra los travesaños, tendidos sobre las hojas de banano, todos con los machetes sueltos a los lados como anclas, mirando el hueco oscuro y húmedo por donde llegaba la trocha. El hombre caminó hacia el extremo más lejano del cobertizo y se detuvo al final del techo, miró hacia arriba como buscando una abertura en la madrugada negra, espesa, que lo cubría todo. Volvió la vista a los hombres borrados por la oscuridad: apenas unos manchones grises que se incendiaban de pronto detrás de la brasa momentánea de un tabaco, distinguiendo un pedazo de cara y el reflejo de un ojo fijo, inexpresivo, quieto. Siguió buscando, tratando de ver más allá del apretado límite vegetal que rodeaba tupidamente el sitio donde estaban, y luego, como los otros, se quedó mirando la entrada de la trocha. El hombre estiró el brazo y metió la mano izquierda debajo de la llovizna; lentamente la mano se fue cubriendo de pequeñísimas ampollas frescas que rodaban reventadas

hasta las ranuras de los dedos: estiró el otro brazo y juntó las manos y las dejó hasta que aun las mangas de su camisa de diagonal estuvieron enchumbadas.

Entonces el hombre se frotó la cara y la nuca con las manos mojadas. Después, mucho después de que la llovizna había dejado de caer monótona y solamente se desprendían pesadas las gotas que se habían quedado colgadas a los bordes de los acanalados del techo, el hombre atravesó nuevamente el cobertizo, y pasando entre los que esperaban sentados o en cuclillas o tendidos, llegó hasta donde estaban amarrados los caballos. «Vamos a buscarlos» —dijo—. Cinco hombres montaron también y lo siguieron, metiéndose, los cuellos tumbados sobre los cuellos de los caballos, por el hueco estrecho y bajo de la trocha.

* * *

El hombre que enjuagaba los vasos detrás del mostrador metió una mano en la palangana y recorrió el fondo minuciosamente, buscando. Sacó una pelota de jabón azulosa y la puso sobre una tabla que hacía de repisa, a un lado del aguamanil. Volvió a meter la mano y exprimió varias veces el pedazo de trapo que flotaba sobre el agua parda de la palangana y hecho casi una pelota y casi seco lo puso al lado del jabón. Se volvió y se secó las manos con la toalla que llevaba colgada sobre un hombro. Miró el local amplio, más amplio ahora que estaba vacío, y el gran desorden de mesas y de sillas que

cubría el suelo cementado y mugroso. Al fondo, cerca a la victrola, estaba todavía el hombre, sentado de espaldas al mostrador, mirando a la muchacha que hablaba medio tumbada sobre la mesa. Caminó hacia el extremo del mostrador, alzó la puerta para salir pero la muchacha se había levantado ya y venía hacia él con dos botellas vacías en las manos. «¿Quiere otra?» —dijo la muchacha—. «Voy a cerrar ya. ¿Hasta cuándo se va a quedar: ¿va a amanecer otra vez?» —preguntó el hombre—. «¿Por qué no te lo llevas a la pieza?». «No quiere» —dijo la muchacha—. «Anoche tampoco quiso». «Qué vaina» —dijo el hombre—, y con un punzón descorchó la botella que había bajado del armario, se la entregó a la muchacha, salió de detrás del mostrador y comenzó a cerrar las puertas que daban sobre la plazoleta enfangada, al final de la cual se podía ver, oscuro, silencioso y como abandonado el edificio de la estación con su letrero de mosaicos rojos y azules. Cerró dos puertas con estrépito tremendo de cerrojos y las aseguró apilando sillas y mesas contra las hojas forradas de planchas de zinc. Ya había arrastrado su taburete y lo había recostado sobre el marco de la única puerta que había dejado abierta, bloqueando el paso, y se había sentado, y estaba raspando la mugre de todo el día y de toda la noche que se había adherido a la madera mojada de sus zuecos, cuando oyó el chapoteo de los caballos que atravesaban la plaza en dirección a su cantina. El debió oírlos también porque cuando los caballos se detuvieron casi sobre el andén, ya había salido, casi tumbándola al pasar.

El que venía adelante dijo: «Ya llegaron». No pudo oír lo que él dijo, porque éste había montado a la grupa del que había hablado y los caballos volvieron a atravesar la plaza y se perdieron detrás de la estación. Al cerrar la última puerta el hombre le dijo a la muchacha: «Habrá que buscar más ron para mañana». La muchacha se volvió de pronto y le dijo: «En la mesa quedó uno». Y también ella caminó hacia la estación.

* * *

El pueblo se fue despertando lentamente: ya casi había perdido la costumbre de levantarse de golpe, a la urgencia de los pitos de los trenes. El pueblo comenzó a abrir los ojos y a acostumbrarlos a la delgada oscuridad de la madrugada. Primero fue el asombro ante el silencio y luego la noción, no muy clara, de que esta mañana también estaba fuera de la rutina de muchos años, que era parte de una nueva rutina a la que el pueblo todavía no podía haberse acostumbrado, y por eso cada despertarse era desconcertante.

El pueblo amaneció enchumbado: cubierto de una llovizna fuera de tiempo y pertinaz, que había caído toda la noche y ahora renovaba el olvidado olor a fango que soplaba desde los playones. El agua había caído sobre un pueblo reseco y lleno de grietas que la absorbió por los techos perforados y las paredes de tablas rajadas y de cemento desconchado.

El pueblo se levantó a sus oficios, que hoy tardarían más tiempo en comenzar porque la leña mojada humeaba reacia entre los ladrillos de los fogones y no prendía. El pueblo salió a los patios: aquí, con el sabor terroso y escaldante del café, se terminaron de pronto las costumbres de todos los días. El pueblo se quedó en los patios: ocioso, sin haber entendido todavía pero obediente, mirando a La Sierra que con la primera claridad comenzaba a aparecer llenando todos los espacios, atento a las señales: esperando.

SABADO

A las 5:10 de la mañana de hoy, se recibieron en el comando de las tropas acantonadas en el cuartel de Ciénaga, informaciones precisas sobre el asalto que intenta un grupo de bandoleros armados a la estación del ferrocarril.

A las 5:15 el oficial de guardia ordena el toque de diana y la formación del personal en el patio central para instrucciones.

A las 5:30 se reporta a la guardia la deserción de un soldado del personal de refuerzos. Se comisionó la investigación.

A las 5:40 el oficial de guardia ordena la cancelación de todas las salidas, aun de las salidas para efectos de proveeduría, y se envía una comisión en busca de los ordenanzas que están de servicio fuera del cuartel.

A la misma hora anterior se ordena que el relevo de la guardia sea aumentado en 22 unidades que patrullarán los alrededores del cuartel y de la

iglesia y que serán relevados cada cuatro horas. Se anota el número de la orden.

A las 6:00 el personal de guardia iza el pabellón y se rinden los honores a la bandera.

A las 6:15 un ordenanza de la patrulla de vigilancia destacado en las inmediaciones de la estación, comunicó a la guardia que un grupo numeroso de bandoleros armados se han apoderado de un tren y que se disponen a salir para La Zona con el objeto de atacar las guarniciones que han sido movilizadas a los pueblos. Se envía al ordenanza con un soldado de guardia al comando del batallón para que informe.

A las 6:30 el comandante del batallón ordena la salida del personal de refuerzos hacia la estación, con instrucciones terminantes de sofocar el alzamiento de los bandoleros. Salen doscientos cuatro hombres.

A las 6:30 de la mañana de hoy se recibieron en el comando de las tropas acantonadas en el cuartel de Ciénaga, informaciones precisas sobre el asalto que intenta un grupo de bandoleros armados a la estación de Ciénaga. La tropa fue puesta inmediatamente en estado de alerta.

A las 7:10 un ordenanza de la patrulla de vigilancia destacada en las inmediaciones de la estación, comunicó a la guardia que un grupo numeroso de bandoleros armados se había apoderado de un convoy y que se disponían a salir para La Zona con el objeto de atacar las guarniciones que han sido destacadas para proteger los intereses de la Compañía y de los particulares. La tropa, al mando de

oficiales, se trasladó a la estación para restablecer el orden. Ante la inminencia de un ataque las fuerzas militares tuvieron que disparar contra los bandoleros.

Entre las 9:30 y las 10:00 de la mañana de hoy, un grupo de bandoleros armados trató de asaltar el expendio de tiquetes de la estación del ferrocarril en la población de Guacamayal. Las fuerzas militares se vieron en la imperiosa necesidad de hacer fuego contra los bandoleros. El número de muertos no ha sido determinado todavía. Los heridos, en calidad de prisioneros, han sido trasladados al hospital de la Compañía. En el personal militar no hay bajas que reportar.

EL HERMANO

Mi hermana ha muerto esta mañana. Ella tenía que morirse. Es duro pero es así: tenía que morirse para lograr un poco de paz en la familia. Ella lo sabía. Sólo era cuestión de tiempo, de esperar a que crecieran un poco, de verlos lo suficiente para no olvidar sus gestos y aprender a distinguirlos de sí misma y poder morirse sin que ellos también se murieran. Pero también era necesario apresurarse para evitar que se acostumbraran mucho a ella, que llegaran a depender de ella de tal modo que luego le fuera imposible morirse.

Ha muerto sola. Desprendida de todo lo que pudiera significar para ella un pretexto para seguir viviendo, para seguir sosteniendo un desafío que no habría conducido sino a la destrucción; un desafío que ella no había planeado ni querido, sino que le fue impuesto, sin alternativas: liberada de la tarea de afirmar con su presencia, con su respiración, con la respiración continuada y segura

de sus tres hijos, la inutilidad del desafío: desatada, pudo morirse sola.

Debió saber que yo regresaba hoy, debió saberlo con la certeza que tenía de todo lo mío, una certeza que no necesitó nunca de palabras, y debió decidir entonces: ya es hora, he esperado lo suficiente, ha regresado, ahora puedo dejar que mi cuerpo también se muera.

He regresado a su cuerpo muerto y a sus tres hijos vivos: he regresado a ella: he regresado a mí. Estoy nuevamente en el comienzo. Entonces, toda la sangre seca y olvidada en la mejilla de la hermana, toda la sangre seca y olvidada en los dedos de un solo soldado, toda la sangre seca y olvidada en los andenes de las estaciones de los pueblos y sobre el barro salitroso, toda la sangre seca y olvidada en una calle oscura y estrecha, debajo de los cascos de un caballo, ¿toda esta sangre para qué? ¿Va a ser necesario acaso recomenzar?

¿Partir desde la primera herida, desde el primer remordimiento, desde el primer disparo, desde la primera venganza, para llegar otra vez desconcertado a otro cuerpo voluntaria y sosegadamente muerto? Yo estoy cansado.

* * *

Dentro de este mundo incomprensible de familiares y de rostros serios y de palabras duras y de llantos resignados que era la casa grande, mi hermana y yo formábamos un mundo aparte. Un

mundo maravilloso y asombrado al que entrábamos cada mañana con nuevos secretos y nuevos descubrimientos.

Mi hermana siempre se levantaba la primera. Isabel me arrastraba casi medio dormido y con las pestañas como pegadas con engrudo, hasta la ventana del aguamanil que da al patio de los caimitos, y cuando levantaba la cara enjabonada para respirar un momento, pues Isabel lo que quería era ahogarme dentro de la palangana inmensa en cuyo fondo despertaba yo completamente al terror de las monstruosas mariposas moradas que amenazaban con devorarme, lo primero que veía era a mi hermana. Yo me zafaba de Isabel que me seguía hasta el patiecito con el jarro de plata y el cepillo de dientes, dando alaridos y amenazándome con castigos improbables, y corríamos hasta el corral de los caballos para contar cuántos habían amanecido esa mañana. Antes de que Isabel nos alcanzara y me embutiera el cepillo en la boca, mi hermana me decía con la misma voz ansiosa de todas las mañanas: «Soñé anoche otra vez». «¿Y tú?». Y yo contestaba, enojado, bajando la cabeza: «No, no pude». Mi hermana me miraba desilusionada, casi triste, y decía: «Tonto, tonto». Y se iba al comedor, dejándome solo y desamparado con mis zapatos acabados de poner ya sucios de barro, pero todavía con el amplio camisón de madapolán, pues Isabel no había terminado de vestirme.

* * *

La casa grande amaneció un día invadida por un olor fuerte y dulce. Un olor áspero pero agradable que no pertenecía a los olores conocidos de la casa y que me había sorprendido y no me había dejado volver a dormir desde que el ruido de las carretas que traían la leche me despertó en la madrugada. Cuando Isabel entró a mi cuarto se espantó de verme despierto y sentado en la cama, atento al olor, ávido de su intensidad. «Qué tienes, estás como ido». Yo no contesté: el olor era mío, yo lo había sentido primero; mío y de mi hermana. Y aunque deseaba con todas mis fuerzas saber su origen, no me atreví a preguntar, celoso de mi descubrimiento. «Vísteme rápido que tengo hambre». Isabel me miró incrédula y dijo: «Tú debes estar enfermo». «Y tú estás bruja y estás loca».

Al llegar al comedor el olor había desaparecido. Ya mi hermana había terminado de desayunar y me esperaba impaciente. «Siempre te levantas tarde; ellas van a jugar al cuarto de la costura, la Madre va a comenzar a llamarme y todavía no hemos ido a los corrales». «Yo no, Isabel se demoró: yo ya estaba despierto». «Iba a levantarme enseguida pero Isabel no me dejó». «¿Esa era el hambre? Tómate la leche». De un sorbo me tragué el vaso de leche agria y salí detrás de mi hermana que caminaba hacia los corrales. Le dije de pronto: «Tengo un olor». Mi hermana se detuvo y me miró sin decir nada. Yo sonreí, me encantaba tener algo nuevo

para ella. «Tengo un olor que tú no conoces; vamos a mi cuarto y te lo muestro. No me dejó dormir. No está en el resto de la casa, solamente en mi cuarto». «¿Un olor de qué?». «No sé; no sé de qué, no lo había sentido antes».

Sin hablar crucé el patio y caminé hacia mi cuarto: sabía que mi hermana me seguía en silencio. Al desembocar en el corredor volví a sentir el olor: dulce, áspero, desconocido. «¿Lo sientes?», le pregunté sin mirarla. Su voz me sonó en la espalda, muy cerca. «Sí». «¿Qué es?». «No sé todavía, pero me gusta». El olor estaba en todo el cuarto, mezclado con el agua jabonosa y con la toalla empapada del agua blancuzca de alhucema con que Isabel me frotaba todas las mañanas. Nos quedamos un rato en el centro del cuarto, como dos perros de caza, aislando el olor, asociándolo con los otros que conocíamos, recordando.

—«Vamos a buscarlo», dijo de pronto, mi hermana. «Viene de allá, del lado del Cuartel».

Atravesamos el cuarto del escritorio, con miedo como siempre, que olía a viejo; y el cuarto de los armarios, oscuro, húmedo, que olía a gavetas; y salimos al callejón estrecho que separaba la casa de la pared del Cuartel: y aquí el olor nuestro nos envolvió en un vaho demasiado dulce, demasiado viscoso, nauseabundo.

Subimos en el parapeto de vigas amontonadas que usábamos para mirar al patio del Cuartel, vimos el cobertizo donde habían amontonado montones de hojas grandes y pardas, atadas en manojos y supimos que de allí venía nuestro olor.

Esa noche, mi hermana, que era la última en besar al Padre antes de que nos llevara a acostar, me dijo en voz muy baja para que nadie oyera: «El Padre huele igual». Yo recordé de pronto: miré a mi hermana casi con rabia, casi con lágrimas.

Cuando Isabel llegó a desvestirme y se arrodilló para quitarme las botas, le dije con furia y llorando: «Este cuarto huele al Padre, huele al Padre». Ella, sin alzar la cabeza, dijo: «A tabaco es a lo que huele. Dame el otro pie».

* * *

Miro la desolación de esta casa, muerta aún antes de que la muerte la invadiera. Miro las paredes desnudas y cuarteadas, los enseres apenas necesarios para una vida frugal y sin futuro; los muebles duros y las camas austeras. Todo está limpio y un orden agresivo, amargo, distribuye sin alegría los objetos de esta casa. La casa ha estado sostenida por una voluntad de sobrevivir y no de perdurar: por una vida que se sabe ya acabada, cumplida, que sólo espera la señal en este excedente otorgado contra sus deseos para acostarse a morir. Miro la materia de esta casa, ya derrumbándose, cayéndose a pedazos, arrastrada por el peso del cuerpo de mi hermana muerta. Miro todo esto y pienso en la otra casa, más grande, más desolada y más muerta, pero organizada sobre el odio, fortificada por el odio, desesperadamente perdurando por el odio de mi otra hermana viva. ¿Qué diferencia encontrarán

ellos? Ellos, los tres hijos vivos, que tampoco podrán escoger; como no pudo escoger su madre; como no pude escoger yo.

* * *

Estoy frente a una nueva derrota: la derrota del cuerpo y de la vida de mi hermana. ¿Derrotada por quién? No ciertamente por El Padre porque ya, aún antes de que él fuera abatido por el odio quieto, maligno, sosegado, que había acumulado a su alrededor con su vida vengativa e implacable, ella lo había derrotado en el momento mismo en que El Padre le rompió la cara con el filo sucio de una espuela; no por la hermana mayor que sintió el nacimiento de cada uno de los hijos como una muerte renovada a pesar suyo muy a menudo; no por la casa, ni la familia negada para ella; no por el nuevo apellido impuesto sobre ella con el asco de las caricias metódicas y la comunidad de la cama y de los alimentos con un hombre cuya presencia a su lado nunca fue lo suficientemente real como para ser tocada por él: y cuya muerte, alentada por ella, alentada por la constante fecundidad de su cuerpo, no modificó su destino ni la libertó de lo que pudo considerarse como su castigo: porque El Padre al asesinar al hombre que tres años antes había escogido vindicativamente para que le diera un nombre diferente a lo que él creía la deshonra de su hija, no hizo más que cerrar el ciclo del castigo preparado: el doble castigo de la entrega forzada y del arreba-

tar súbito; entonces, ¿quién ha derrotado a mi hermana?

Estoy frente a ella muerta. Su cuerpo que yo recuerdo altivo debe ser ahora dócil debajo de esta camisa gastada y limpia que lo cubre; sus manos están rotas, desconchadas por el agua y los oficios para los que no estaban hechas; su cabello es negro y largo aún, pero la cicatriz de su mejilla es ahora menos encarnada.

Toco ahora la cicatriz como esa noche toqué la herida todavía húmeda y pienso: aquí comenzó la derrota: soy yo el culpable, no es el Padre, soy yo.

* * *

Siempre llegaba tarde a la mesa pequeña en el comedor. En las mañanas era Isabel la que tenía la culpa. Nunca estábamos de acuerdo sobre la ropa que debía ponerme. Ella seguía una extraña regla para escoger mis vestidos de acuerdo con el tiempo, de acuerdo con el calor, con el viento y con la lluvia. Yo en cambio creía que me debía vestir de acuerdo con los juegos que pensaba para ese día. Si una mañana me despertaba con el deseo de ir a los corrales, y esto sucedía invariablemente cada mañana, yo pedía a Isabel que me pusiera las botas. Insinuaba la pregunta en un tono neutro, más bien indiferente: «¿Me vas a poner las botas hoy?». Isabel no contestaba. Abría cajones, cerraba cajones, ordenaba el desastre de la primera batalla alrededor del aguamanil, recogía todo lo que había

quedado desparramado sobre el piso, y lo colocaba nuevamente en su sitio, sin darse por aludida. Yo, presintiendo sus intenciones, le decía casi a gritos: «Isabel, hoy me pongo las botas». Cuando se volvía hacia mí, ya tenía en las manos los odiados zapatos blancos y rojos con los que no podía ir a los corrales porque si el Padre me los veía sucios de barro a la hora del almuerzo, me castigaba duramente. Yo, sin decir una palabra por temor a que me desbordara el llanto furioso que me llenaba los ojos y la garganta, comenzaba la silenciosa resistencia encorvando los dedos de los pies obstinadamente. Isabel se divertía tratando de enderezarme los dedos y de metérmelos dentro de los zapatos. Después de unos minutos de este juego, yo me olvidaba de mi enojo y como Isabel me hacía cosquillas en las plantas de los pies, nos reíamos los dos y yo me dejaba poner los zapatos sin protestar.

Al llegar al comedor ya no había nadie en nuestra mesa. Mi hermana me esperaba sentada en la sillita alta donde me daban de comer cuando era pequeño, y desde allí me veía medio desayunar en silencio. Cuando Isabel regresaba para limpiar la mesa en que comíamos nosotros, mi hermana bajaba de la silla y se iba al patio cementado y limpio donde los gigantescos caimitos cubrían casi todo el cielo. Yo la seguía. Mi hermana me decía: «Llovió en la madrugada, vamos a coger grillos entre las begonias. Cuando llueve, las begonias siempre amanecen llenas de grillos». Entonces me miraba los zapatos. «No importa. Vamos mejor al cuarto del escritorio y te cuento el sueño de ano-

che». Yo me alegraba, me alegraba incomprensiblemente porque no me hubieran puesto las botas.

* * *

Frente a mi hermana muerta no tengo lágrimas sino preguntas. El llanto nos lo quitaron después de la infancia: el odio que no entendíamos y sobre el cual se fundó la continuidad de la familia, nos secó el llanto, nos negó el gran descanso de las lágrimas. Ahora no me quedan sino las preguntas; las preguntas que no pude hacer cuando eran necesarias, cuando surgían atormentadoras ante cada hecho, ante cada acción y más atormentadoras aún y más apremiantes después de cada catástrofe. Las preguntas que no tuve tiempo de hacer porque todo se me vino encima de golpe, con la misma violencia del viento inesperado e ineluctable que dobla las bananeras, desolando lo que había sido seguridad y esperanza. Primero el Padre, que irrumpió en mi vida como una fuerza maligna e implacable, destrozando de pronto el delicado arreglo de la adolescencia, la maravillosa y prometedora continuación de una niñez resguardada de toda sorpresa exterior; el Padre para quien las preguntas eran una afrenta a sus decisiones indiscutibles, todopoderosas, estableció con su sola existencia la imposibilidad de las preguntas.

Después la soledad alucinada de los años en el colegio lejano que no permitía las preguntas porque las respuestas comenzaban a vislumbrarse

aterradoramente claras; inadmisibles todavía dentro del enmarañado orden de los sentimientos confundidos. Y entonces era necesario agotar los sentidos, amontonar sensaciones, tapar la piel con manos indeseadas para no dejar entrar a las preguntas que me rondaban como animales hambrientos y feroces. Fue la noche larga de los sentidos formidables. Y su recuerdo es solamente una desvanecida aglomeración de caras, de palabras, de sensaciones, sin explicación ni consecuencia.

Y por último, todas las preguntas que no pudieron hacerse cuando la poca y miserable vida de los jornaleros les fue arrebatada a tiros en las estaciones, a lo largo de las vías del ferrocarril, frente a las puertas entreabiertas de sus casas, porque precisamente trataban de ejercer lo que ellos creían, lo que yo principalmente creía, que era su derecho a preguntar, a indagar la razón para la desigualdad y la injusticia. Las preguntas que luego hubo que aplazar porque era más apremiante la tarea de reconstruir y restañar lo que un militar abyecto había tratado de abatir y desangrar. Todas estas preguntas se amontonaban ahora ante la muerte de mi hermana. ¿Dónde encontraré las respuestas? ¿Están acaso en mí? ¿O es su dolorosa y ya definitiva y total respuesta el cuerpo muerto de mi hermana?

Yo odiaba la lluvia. Le temía más que al peor de los castigos porque la lluvia me aislaba de todas las cosas agradables que la casa grande ofrecía a mi niñez con su laberíntico universo de pasillos, habitaciones, patios y sitios encantados que mi her-

mana y yo explorábamos ávidamente todos los días. La lluvia era precedida siempre por un calor infernal que ni aun los gruesos y altos paredones de la casa grande lograban mantener fuera; se metía en los cuartos, lo invadía todo, se volcaba pesadamente sobre las cosas y las personas de la casa. De pronto, sorpresivamente el cielo se volvía gris, las nubes se amontonaban sobre los picos de la sierra, cubriéndolos con un nimbo sucio y pavoroso; y un viento helado, agudo, nos recorría el cuerpo minuciosamente.

Los truenos rebotaban insistentes y ensordecedores dentro de la gran campana gris con que habían cubierto nuestros patios. Al fin, por las resquebraduras luminosas que habían abierto en el cielo los estampidos de los truenos, se derramaban los primeros goterones, como de plomo, que al estrellarse contra el suelo reseco levantaban una minúscula polvareda. Entonces, en medio de la baraúnda creada por la lluvia, se oía la voz preocupada de Isabel que me buscaba por toda la casa gritando.: «¡Este viento helado te va a hacer daño! ¡No te vayas a mojar con lluvia que te vas a enfermar!». Yo, en esos momentos, la odiaba. Mi hermana y yo nos escondíamos apretujados contra el arco de un corredor, o debajo del alero de una ventana cerrada, o protegidos precariamente por las hojas de los arbustos bajos en el patio de los caimitos. Cuando Isabel nos encontraba, ya la lluvia nos había empapado las ropas y un frío suave y agradable comenzaba a cubrirnos la piel humedecida.

Y al final de la madrugada, cuando la creciente opresión en el pecho, que yo había tratado de disimular durante la comida frente a los ojos conocedores de mi hermana, me ahogaba y me impedía respirar, tenía que llamar a Isabel. Sentada a mi lado reprendiéndome en voz baja pero cariñosamente y frotándome las espaldas con sus manos grandes y aliviadoras, Isabel y yo veíamos meterse la mañana por entre las rendijas de la ventana cerrada. Mi hermana entreabría la puerta de mi cuarto silenciosamente y se quedaba allí, mirándome. Cuando Isabel me dejaba para ir a avisar que yo había amanecido enfermo, mi hermana se acercaba a mi cama, me tocaba la cabeza hirviente con sus manos frescas y me decía: «Yo tampoco pude dormir anoche: me ahogaba». Luego se iba. Y a mí me parecían menos duros los días del encierro y de la enfermedad que comenzaban en ese momento.

* * *

¿Dónde está ahora mi sitio? ¿Cuál es mi lugar en este gran desorden de la vida? La Hermana ha ocupado con su cuerpo el único sitio que me pertenecía: era una sola muerte para los dos y ella la ha acaparado totalmente.

* * *

El vestido era nuevo; los zapatos eran nuevos; la camisa era nueva; la corbata desusada y demasiado apretada por la inexperiencia de Isabel, hacía que mis movimientos fueran torpes y trabajosos dentro de la ropa gruesa de viaje que tenía puesta esa mañana.

Hacía veinte días el Padre había dicho al sentarse a comer: «Ya tiene cupo en el colegio». Y enseguida, sin esperar que la Madre terminara de decir: «Pero si todavía es muy pequeño: apenas cumplió los doce años»: como si no la hubiera oído: «Irá en el barco del próximo corte. Hay que alistarlo». La Madre repitió: «Apenas cumplió los doce años», pero ya sin convicción, sin fuerza, casi ya con lágrimas. Yo miré a mi hermana. No era el asombro lo que me ahogaba los ojos y la garganta: esto lo habíamos esperado: esto lo sabíamos: sabíamos que un día el Padre diría estas palabras. Era la vergüenza de haber crecido de pronto.

Esa noche cuando Isabel entró a mi cuarto con el vaso de leche tibia que me hacía tomar siempre antes de acostarme, yo ya me había quitado la ropa. Isabel puso el vaso sobre la mesita de los remedios, lo tapó cuidadosamente con el plato y miró las cosas que yo había regado por el suelo pero no las recogió; vino hacia la cama y se sentó a mi lado diciendo: «Debes estar contento, ya no te pondrás más ropa cosida por mujeres: Las mujeres no saben hacer pantalones largos...». Quiso seguir hablando pero en vez de palabras comenzaron a salirle unos

lagrimones gruesos y abundantes que trataba de apartar con el dorso todavía liso de la mano. Yo me abracé a Isabel y metí la cabeza entre su ropa que siempre olía a cananga y por fin pude llorar descansadamente hasta que me quedé dormido sobre la cintura de Isabel.

Los días se sucedieron en tropelía. La sorpresa de las cosas nuevas que iban llenando el baúl inmenso que el Padre había traído de Santa Marta y la agradable sensación de saberme convertido en el centro de toda la atención de la casa grande, me tenían como mareado, ajeno a la rutina de una niñez que comenzaba a alejarse dolorosamente, porque cuando intuía en los largos silencios de Isabel el desamparo de la separación y buscaba la mirada alentadora de mi hermana, ella bajaba los ojos y se hacía la distraída. Yo me ponía furioso y me iba al patio de los caballos con los zapatos nuevos o la ropa nueva que me estaban probando sin importarme que me ensuciara la hierba húmeda y amarillosa amontonada en los corrales. Cuando mi hermana me encontraba, se acercaba a mí y apretándome la cabeza con las dos manos me decía: «Yo lloro más que Isabel; y más que tú».

En la mañana del viaje, después de besar a toda la familia por primera vez, tuve que ir al cuarto de Isabel porque en cuanto terminó de vestirme se había encerrado y no quería salir. Cuando volvía a la sala, encontré a mi hermana esperándome a la entrada del comedor. «Regresa con los mismos ojos famélicos: es lo único que quiero». Yo iba a

preguntar qué era eso, pero el pitazo impaciente del tren detuvo las palabras y ya no oí más sino la voz dura del Padre que me llamaba desde la puerta.

LOS HIJOS

—Ahora va a decir que sabía que le sacaríamos los ojos.

—No: que no comience.

—Sí, va a comenzar y no parará hasta llegar al llanto.

—Al llanto no; parecerá ridículo que de esos dos huecos tan grandes no salieran sino gotas pequeñas de llanto: dirá que sabía que le sacaríamos los ojos pero no llorará.

—Ojalá llorara; ojalá llorara.

—Cállense.

—Ahora todo te pone nerviosa.

—No es culpa mía.

—No vas a decir que es mía; no vas a decir que fui yo el que se revolcó.

—Déjala: dijimos que no hablaríamos más de eso: dijimos que era cosa hecha: terminada: lo hemos aceptado los tres: nos pusimos de acuerdo: ¿por qué insistes en hablar de eso?

Biblioteca Sapiens Historicus

—Yo no insisto; es la Hermana quien comienza; yo desearía que no se mencionara siquiera.

—Pero es absurdo: los tres lo aceptamos; estamos de acuerdo.

—Yo lo acepté; pero no estoy de acuerdo; es diferente.

—Y cuando se note: ¿qué vas a hacer cuando ya se note?

—Yo lo noto ya; lo noto desde el primer día y me molesta la forma como la Hermana lo lleva; casi con orgullo.

—Yo también estaría orgullosa; yo me pondría un largo camisión blanco de madapolán y caminaría descalza por todo el pueblo con las manos sobre el vientre.

—Tú estás loca.

—Loca no: alegre: por primera vez alegre.

—Si alguna vez fuimos alegres ya no lo recuerdo y ahora sé que ya nunca seremos alegres.

No: ahora seremos alegres porque tenemos paz.

—¿Paz? Mira a la Hermana: tú crees que podemos tener paz mientras ese montón de sangre extraña —puerca—, la ahoga por dentro.

—Cállense. Cállense. ¿Acaso no es suficiente? Le hemos sacado los ojos. ¿Cuándo va a ser suficiente?

—Nunca va a ser suficiente; ni la muerte será ya suficiente; como no lo fue para el Padre; como no lo fue para la Madre.

—Nosotros somos diferentes.

—¿Diferentes de quién?

—De la Madre.

—Somos iguales a la Madre.

—No somos iguales: somos más fuertes: somos tres.

—La Madre era fuerte. No fue vencida. Cada día de su vida fue una protesta y cada día de su muerte es una victoria. Nosotros somos los derrotados.

—¿Cómo era la Madre? ¿Tú te acuerdas bien de ella? ¿Te acuerdas bien de cuando vivíamos en la casa pequeña cerca al mar? Yo no me acuerdo casi.

—La Madre era triste.

—Yo me acuerdo del mango que había en el centro del patio y de lo fresca que era la tierra alrededor de la alberca: y me acuerdo de tus cometas.

—La Madre lloraba por las noches.

—Yo no tenía cometas cuando vivíamos con la madre.

—¿No tenías cometas?

—No; no teníamos juguetes.

—La Madre no hacía más que mirarnos. Nos miraba crecer. Y cada año era más triste.

—Yo no recuerdo los cumpleaños en la casa del mar: creo que no cumplíamos años entonces.

—Las primeras cometas me las hicieron en esta casa; el Hermano llegó un día con un montón de papeles de colores y un trozo de guadua; me enseñó a hacerlas y luego las volábamos desde el techo; no tuvo que enseñarme a volarlas; esto lo supe solo.

—Un día se murió.

—¿Tú crees que la Madre nos quería?

—No sé. No tuvo mucho tiempo para acostumbrarse a nosotros.

—A ti te debió querer: a ti tuvo tiempo de quererte.

—A la Madre no la dejaron escoger cariños.

—Quisiera poder acordarme de la madre; quisiera poder decir: se parecía a ti: o a mí: pero no sé cómo era su cara: ni si era alta o pequeña como yo: recuerdo fácilmente sitios de la casa pero no puedo imaginarme a la Madre.

—Tal vez es mejor así; es menos triste.

—¿Por qué?: yo a la madre la recordaría alegremente.

—La Madre no fue nunca alegre.

—Esta casa no ha sido nunca alegre.

—Un día fue alegre: el día que el hermano te hizo el pito con un canuto de papayo y tú lo sonaste hasta que se te hincharon los labios: nosotras te seguíamos marchando por toda la casa: me acuerdo siempre de ese día.

—Pero al día siguiente el pito amaneció arrugado; marchito; lloré cuando lo vi; todo es así en esta casa.

—Ahora cambiará todo: al menos para nosotros cambiará.

—¿Qué cambiará?

—Todo cambiará; ya no somos parte del odio; ya no estamos condenados a odiar; ya no somos la continuidad de esta casa: la Hermana nos ha liberado.

—La Hermana nos ha atado a otro odio; a un odio nuevo que no conocíamos: que no conocemos todavía pero que tenemos que crear dentro de nosotros; nuestro odio.

—¿Por qué culpas a la Hermana? ¿Es que vamos a pasarnos el resto de la vida culpándonos: es que vamos a recrear en nosotros las vidas de las gentes que construyeron esta casa: este pueblo: esta raza: y que fueron destruidas lo mismo que estas paredes porque se aferraron al odio? ¿Entonces para qué ha servido todo? ¿Para qué la protesta de la madre: para qué la esperanza del hermano?

—Yo no culpo a la Hermana; no culpo a nadie; digo que hemos reemplazado un odio por otro; que no nos hemos liberado del odio; que esta casa y los que llevamos la sangre de esta casa no nos libraremos nunca del odio.

—Sí nos libraremos: porque cada vez pertenecemos menos a esta casa y porque cada nueva sangre está más lejos de la sangre del Padre.

—Ya no es el Padre; al Padre ni siquiera lo conocimos.

—Pero es la sangre del Padre la que nos trajo a esta casa: es la causa de nuestro nacimiento.

—Es el afán de ella de perdurar su memoria. Aunque odiaba a la Madre porque fue la primera que derrotó el odio al desafiar al Padre nos ha criado para que seamos parte de esta casa y de esta sangre y de este odio.

—Sí: y si caemos nosotros en el odio ella habrá ganado.

—Ya hemos caído; nos ha empujado a ello; ha empujado a la Hermana al odio.

—No. En mí no hay odio. Ni siquiera asco. Es sólo cansancio.

—Fuimos traídos y criados con un propósito y ese propósito se ha cumplido; somos parte de esta casa tanto como el Hermano, que también se rebeló y que también fue vencido; nadie ha ganado; ella ha sido derrotada pero para ello fue necesario nuestra propia derrota.

—No: hemos ganado la libertad de escoger: hemos impuesto nuestra libertad de decidir nuestra vida: lo mismo que el Hermano.

—El Hermano no decidió nada como no decidiremos nosotros; cuando volvió de Bruselas y se unió a los huelguistas lo hizo por odio al Padre no por convencimiento.

—No importa por qué lo hizo: no importa la razón como tampoco importa que los hubieran dispersado a golpes de balas.

—Y cuando regresó después de la persecución y de la muerte del Padre y de todas las muertes lo hizo por amor a la Madre; por amor a nosotros; pero nos trajo a esta casa empujados por el odio.

—Nos trajo para probar que había tenido razón: para probar con nuestra misma existencia que a pesar de todo la Madre había vencido: que él había vencido.

—El Hermano ha sobrevivido; no vencido; y si nos trajo fue para continuar la lucha.

—El Hermano nos quiere. Es el único que nos ha visto crecer con amor. La poca alegría que hemos tenido nos la ha dado él.

—Y a ti: más que a nosotros te ha dedicado su tiempo y su cariño: ustedes son compañeros.

—La primera cosa amable que recuerdo es la presencia del Hermano; la manera casi torpe que tiene de ser cariñoso.

—De él: de la única persona que está cerca de nosotros no sabemos nada: hemos pensado en él en las pequeñas desesperaciones de la niñez y hemos ido creciendo junto a él como si eso fuera lo esperado de nosotros: pero nada más: al Hermano nos une una relación innominada que va más allá que la simple relación de familia y de habitación.

—Y a ella; ¿qué nos une a ella?; ¿qué nos ha unido todos estos años?

—A ella nos une el odio.

—Pero ella no nos odia: de esto estoy segura.

—No es un odio a nuestros nombres ni a nuestros cuerpos. Es un odio a todo lo que signifique un cambio o una contradicción a lo que se creyó perenne y duradero.

—Pero nosotros la odiamos; la odiamos con un odio que ella misma ha puesto dentro de nosotros.

—No sé. Yo no podría decir yo la odio y estar perfectamente segura. Recuerdo su dedicación y su vitalidad invertida en nosotros y no puedo entender que no haya cariño en ninguno de sus gestos. Su afán en hacernos mejores no puede estar desprovisto de amor.

—La he sentido pasar noches enteras sin dormir al lado de tu cama: atenta a tus enfermedades.

—He despertado ahogándome en la mitad de la noche y la he visto entrar a mi cuarto casi angustiada; pero eso era en nuestra niñez.

—Nuestra niñez acaba de pasar apenas.

—En esta casa envejecemos de pronto. No como en las casas normales donde las gentes se van volviendo viejas dulce y despaciosamente. Un día sin señal ninguna. Sin ser un día especial o esperado. Un día cualquiera el tiempo se nos viene encima y nos achica y envejece golpeándonos el cuerpo.

—Por eso nuestra niñez nos parece ahora tan lejana.

—El tiempo no fluye aquí tranquila y descansadamente hacia la muerte: nos invade: invade esta casa y estos corredores y estos cuartos como una creciente: y nos arrastra y nos destruye.

—Hoy ha sido un día de ésos.

—El tiempo la ha alcanzado y la ha destruido y la ha tirado sobre la silla, donde se sentaba el Padre. Nunca la había visto tan vieja.

—No es el tiempo lo que destruye en esta casa; es el odio; el odio que sostiene las paredes carcomidas por el salitre y las vigas enmohecidas y que cae de pronto sobre las gentes agotándolas.

—Y si no fuera el odio: si fuera el habernos criado lo que la ha envejecido: si fuera el esfuerzo de habernos criado sola y contra toda la gente con excepción del Hermano: aun contra la memoria del Padre que seguramente no nos habría aceptado en esta casa: si fuera el haber llevado todo el peso de la casa sobre sus hombros estrechos: una casa que si no hubiera sido por nosotros no era necesario mantener: porque sin nosotros se habría acabado naturalmente: pero por razón de nuestra existencia tenía que ser mantenida.

—Durante dieciocho años ha sostenido trabajosamente esta casa con un solo propósito.

—Nosotros.

—Sí; pero para perpetuar el nombre del Padre.

—No importa: nosotros estamos vivos y el Padre está muerto: el resultado somos nosotros.

—Si es así la habremos derrotado doblemente. Derrotado en lo que ella quería hacer perdurar y derrotado en lo que ella habría aprendido a querer.

—No creo que nos haya querido nunca; no creo que nos quiera ahora.

—A mí ahora ya no me podría querer.

—¿Tú también quieres convertirlo en culpa?

—-No, en culpa no. Pero tampoco en sacrificio.

—No se ha hablado de sacrificio: nadie lo ha calificado: es un hecho: basta: es suficiente para liberarnos: la lucha está por fin decidida: terminada.

—Hay más que esto; creo que hay mucho más; hemos sido criados como instrumentos pero estamos vivos; somos humanos; el odio no nos ha secado la piel.

—Mi piel no ha participado. No la he descubierto apretándome el cuerpo. Mi piel no ha sido la causa. Esto puede decírtelo.

—Tampoco ha sido planeado; no es el resultado de una venganza estudiada y llevada a cabo.

—No: es un hecho: no es un pretexto tampoco.

—Ni es una justificación.

—Eso menos que todo.

—¿Entonces?; ¿entonces?

—¿Tenemos que volver a hablar de esto otra vez?

—Sí.

—No juzgamos a la Hermana; la aceptamos: como nos aceptamos a nosotros mismos: no somos tres personas: somos una sola.

—Yo debería tener una explicación. Pero no la tengo.

—No es necesario explicar nada.

—Yo no pido explicaciones; pero quiero estar seguro de que es justo.

—No sabría decir si es justo o no: era inevitable; eso sí lo sé: que era inevitable.

—Es que si no hablamos ahora nos va a llenar el odio y entonces también estaremos derrotados.

—De todas maneras estamos derrotados.

—Sí: de todas maneras.